$ 2.— m/arg.

DENIS DE ROUGEMONT

Diario de Alemania



Bs. Aires

DENIS DE ROUGEMONT

DIARIO DE ALEMANIA

COLECCION

EDITORIAL SUDAMERICANA

DIARIO
DE ALEMANIA

IMPRESO EN LA ARGENTINA

La "Revista Sur", entidad independiente de la Editorial Sudamericana, al dejar de publicar libros, nos ha cedido el uso del nombre "Sur" para esta colección.

TÍTULO DEL ORIGINAL FRANCÉS: "JOURNAL D'ALLEMAGNE"

DENIS DE ROUGEMONT

DIARIO DE ALEMANIA

Traducción de
RICARDO BAEZA

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

ADVERTENCIA

He aquí unas notas que, por sus fechas, vienen a ser una continuación del Diario de un Intelectual sin trabajo. *Pero no se trata ya de falta de trabajo. El autor vive en la Alemania hitleriana, y vive de su trabajo. (Cursos en la Universidad de una ciudad que no se ha considerado conveniente nombrar.)*

El lector quedará defraudado si espera una evocación poética de Alemania, en la que solamente se ha considerado el régimen. Por otra parte, tampoco se ha pretendido dar un cuadro objetivo y completo de dicho régimen; sino simplemente unas cuantas vistas de su vida cotidiana, de su existencia *en los seres, aquella de que no se cuidará da hablarnos la Historia, — la más real, sin embargo.*

Se preguntará sin duda por qué este diario no ha sido publicado sino al cabo de dos años de

estar en un cajón. Las noticias que aporta, ¿no estarán, por consiguiente, pasadas, rebasadas por los acontecimientos y por cierto pánico reciente? El autor se ha formulado la cuestión de manera algo distinta. Si ha tardado en publicar estas páginas, ha sido justamente porque a su regreso de Alemania no sabía aún qué pensar exactamente sobre la naturaleza de su actualidad. Temía haber descrito tan sólo algunos aspectos fugaces del régimen. Y, como su ambición no era en modo alguno hacer la competencia a los reporteros, se dijo que el único medio de comprobar la actualidad de sus notas era el esperar algún tiempo. El lector va a estimar que ello supone una concepción un tanto singular de lo "actual".

Pero si este librito es un diario, aunque publicado, no por ello deja de ser un diario privado. *Y la función de este género literario es casi la inversa de la función de la Prensa. ¿Qué es lo que esperamos de los periodistas públicos, de los grandes reporteros? Una especie de estilización improvisada de los sucesos, conforme al criterio de un partido, o cuando menos a la opinión media tal como se encuentra preformada en el país. Ahora bien, el periodista privado se complace, por el contrario, en anotar lo que contradice a las estilizaciones oportunistas. O, mejor dicho —pues la contradicción depende aún demasiado estrechamente de los prejuicios que pretende vencer— se aplica a los hechos y los gestos que no son ni totalmente lo que se creía, ni exactamente lo contrario. Y se halaga con la idea de alcanzar, siquiera sea en la historia, ese mismo género de realidad que imaginan los novelistas: lo particular general. Solamente, en lugar de describir relaciones sentimentales, describe relaciones sociales, o políticas, o religiosas: una afectividad más vasta, de manifestaciones no menos precisas, pero todavía poco conocidas de los psicólogos, y peregrinamente ignoradas de los sociólogos y los hombres políticos.*

Así como la novela psicológica, centrada en héroes individuales, ha traducido la realidad de la época a cuyo término asistimos, es posible que el diario privado sea la forma de transición que corresponde a la realidad de una nueva época, forma capaz de expresar las relaciones del individuo con las pasiones colectivas. Mañana, acaso, no habrá ya sino manifiestos, epopeyas de propaganda. Dedico, pues, este folleto a aquellos que, ya en el día de hoy, quieren y preparan un pasado mañana.

I

DIARIO (1935 - 1936)

FINES DE OCTUBRE.

Algunos amigos se han sorprendido de verme aceptar este puesto, ofrecido por el azar de un encuentro, un hermoso anochecer de julio en los Deux-Magots. Les diré a esos amigos que quienes me nombraron no lo hicieron ignorando mis opiniones; y esto es lo que asegura aquí mi libertad. Mi primer libro decía ya bien a las claras mi amor a la Europa Central; y el segundo, la idea que tenía de los regímenes totalitarios. No sé si esperan convertirme ofreciéndome la oportunidad de ver uno de ellos de cerca. Pero, aunque esto fuera, ¿por qué rehuirla? Si están en lo cierto, urge el decirlo, y el desdecirme. Y, si se engañan, sabré mejor el porqué de ese engaño. De todas maneras, vivir en la época de Hitler

y no ir a verle y oirle, cuando una noche de tren bastaría para ello, es privarse de ciertos rudimentos de comprensión de nuestro tiempo. Pero, por otra parte, tampoco sería suficiente el verlo uno con sus propios ojos. Es preciso verlo a través de su pueblo, con los ojos de sus sectarios y los ojos de sus víctimas, tal como lo han creado y como lo sufren... Así, pues, acepté por un año.

Y heme aquí pronto hará un mes en esta ciudad del Oeste, no lejos del Rhin. Antigua ciudad del Imperio, vieja cultura, riqueza moderna, de la mala época. La conocía ya un poco, por alguna que otra corta visita de pasada, una estancia de un par de días, "antes del régimen". Pero había llegado convencido de que todo lo que me gustara en este país había cambiado profundamente, desde enero del 33, en que estuve la última vez. Esta idea me ha extraviado quizás, los primeros días. Variante moderna de la ilusión clásica del viajero. Se cruza la frontera de una de estas naciones nuevas: se imagina uno que todo, seres y cosas, va a mostrarnos las señales de la revolución. Y desde luego que no ha dejado de impresionarme, en esta madrugada de estación ferroviaria, en Saarbrücken, el "Heil'ler!" maquinal (el *Heil Hitler!* ya corroído) de los obreros que entraban en la cantina (¡apenas hace ocho meses que son alemanes del III Reich!). Luego, dos o tres incidentes, que contaré más adelante, y los interiores familiares entrevistos al ir en busca de hospedaje. Pero, en el curso de las semanas siguientes, me pareció como si la revolución se volviera otra vez casi invisible. El fenómeno, por otra parte, es de sobra conocido: las singularidades de un país extranjero se perciben mejor en los primeros contactos. Inmediatamente después, por reacción natural, se empiezan a advertir las semejanzas. Así, he vuelto a encontrar mi vieja Germania en los cafés, en la ciudad medieval, en el aroma dulzón de los estancos, en la tristeza de los cielos bajos sobre las calles grises y demasiado bruñidas.

Método: *Guardarse de atribuir al nacional-socialismo todos los rasgos característicos de la vida alemana de hoy día.* Es el error habitual de los reporteros que no han conocido la Alemania antigua, o que la han conocido mal.

He aquí, pues, lo que retengo de mis observaciones desde hace un mes. (Se trata solamente de hechos menudos, que pueden pintar una atmósfera, pero no cimentar un juicio.)

En la Aduana. — Voy al *Zollamt* de la estación para retirar mis baúles y la camita de mi chico. —Si fuera un cochecito de bebé, me dicen, pa-

saría. Pero es una cama: un mueble, por tanto. Hay que pagar. —Es un cochecito, replico yo, puesto que tiene ruedas. (Y, efectivamente, tiene cuatro ruedecillas de goma). Vencido por este argumento especioso, el aduanero cede. Pero pretende desquitarse en lo demás. Al abrir uno de los baúles, aparece un libro, colocado sobre la ropa. El hombre se apodera en seguida de él: "¿Es cosa de la *Hetzpropaganda?*" (1), pregunta con aire amenazador. —"En Francia no conocemos esa clase de literatura". —"Tradúzcame usted el título". —"El Abecedario de las Madres". Lleno de rabia, registra los pañuelos. Nueva discusión a propósito de un número de una revista alemana. El tono va subiendo, y las cosas están a punto de echarse a perder, pues hay toda una biblioteca en el fondo del baúl. Pero un segundo aduanero se acerca, atraído por nuestras voces. Corta por lo sano, con un: *"Nie mehr Krieg. Erledigt!"* ("¡No más guerra! ¡Está bien!").

(Un inglés anotaría en su cuaderno: Todos los aduaneros alemanes son espías, pero a la vez pacifistas.)

(1) "Propaganda de odio": así se llaman en Alemania las obras antihitlerianas.

VIVIENDAS. — El barrio de la Universidad es el más rico de la ciudad. Grandes hoteles particulares y palacios con jardines, anchas avenidas, umbrosas y relucientes. La mayoría de las casas se venden o alquilan. En las más suntuosas flota un pabellón con la svástica, y la placa de la reja indica que se trata de la sede de un estado mayor de S. S. o de S. A. Los propietarios judíos que no han emigrado intentan alquilar uno o dos pisos. Hemos visitado magníficas viviendas, de mobiliario demasiado lujosamente 1900, pero están reservadas a los judíos, como habría debido comprender por la indicación: *für n. a.* ("para no arios") que aparecía en los anuncios de los periódicos. Nos reciben y nos despiden con una seriedad desconfiada y resignada, casi sin mirarnos. Al anochecer casi, encontramos al fin un propietario ario. Es una señora anciana y afable, que habla un francés muy pasadero. Solamente ocupa una habitación, en el último piso de su hotel. El resto se halla "repartido". Cuatro matrimonios jóvenes y tres solteros. La cocina en común. Nosotros tendremos el piso bajo: tres habitaciones inmensas y sombrías, y un hall de columnas de mármol. La lujosa alfombra de la entrada presenta huellas de ruedas: uno de los inquilinos guarda su moto bajo la escalera.

PRIMER ENCUENTRO. — Tres días después de nuestra llegada, he entrado en contacto con el Seminario de lenguas románicas en que voy a dar clase. (El semestre comenzará a principios de noviembre). En la biblioteca, un solo estudiante. Sin duda ha comprendido que yo era el nuevo profesor. Al acercarme a él, se pone en pie bruscamente para saludarme. Leía un libro francés: *La Révolution nécessaire*, de Aron y Dandieu.

—Tengo que dar esta noche, me dice, en la reunión política de los S. A., una conferencia sobre el movimiento personalista.

—¿Qué le ha parecido a usted ese libro?

—Está muy bien para Francia, me parece; pero es injusto con nosotros. Ustedes tienen sus problemas, y nosotros los nuestros. (1)

5 DE NOVIEMBRE.

Sesión de apertura del semestre de invierno en nuestro Seminario. El Dr. N., profesor titular, me recibe en su despacho antes de la ceremonia.

(1) Pasado el tiempo, me doy cuenta del carácter simbólico de esta anécdota sin importancia. Todas las conversaciones posteriores con hitlerianos reproducen, más o menos, el esquema de este primer intercambio. (Nota de 1938).

—¿Cuántos estudiantes tendré, más o menos?

—Unos cuarenta, probablemente. Antes del 33 —*(¡siempre este umbral!)*— eran casi 300. Pero era demasiado, en relación con los puestos vacantes. Se han tomado medidas para poner coto al paro forzoso de los intelectuales. Se contingentan las inscripciones. Y, naturalmente, los no arios... (Gesto de barrera).

Penetramos en el aula. Efectivamente, son unos cuarenta a lo sumo, tres o cuatro de ellos en uniforme pardo o negro. Presentación del nuevo "lector", a cuyo término el Dr. N. pronuncia su alocución. Al acabar, levanta el brazo con ademán tímido: —"Y, en honor de nuestros estudios románicos, *sieg heil!*". Pausa breve; en seguida, subsanando el lapsus: "¡Y también en honor de Alemania!..." Un ligero malestar. Todos han sentido el titubeo.

Solamente por signos de este género, tan leves como el apuntado, he podido llegar a darme cuenta, hasta ahora, del verdadero sentir de estos hombres con los que voy a convivir. Como ocurre con todos los "retenidos", tan sólo algunos "lapsus reveladores" nos delatan ese sentir. De todas maneras, sin duda sería exagerado inducir, por el ligero titubeo del Dr. N., que éste es contrario al régimen. Quizás sea, simplemente, que no ha

adquirido aún la costumbre del ademán con el que es reglamentario concluya todo discurso oficial.

6 DE NOVIEMBRE.

Los primeros días, corríamos a las ventanas cada vez que la calle resonaba de cantos. Una tropa de camisas pardas o negras desfilaba, en columnas de tres; o bien una formación de la *Hitlerjugend*, la *Jungvolk* o la *B. D. M.*, muchachitas regordetas o chicos muy jóvenes (1).

Pero ya el ritmo de estos cantos —una frase, luego un silencio durante cuatro pasos— se nos ha hecho familiar. El desfile forma parte de la atmósfera alemana como las aglomeraciones de autos de la atmósfera parisiense. La gente ya ni siquiera vuelve la cabeza.

9 DE NOVIEMBRE.

Ciudad empavesada para el aniversario del *putsch* de Munich en 1923. Pocas banderas en los

(1) De los 6 a los 12 años, los muchachos forman parte de la *Jungvolk;* de los 12 a los 18, de la *Hitlerjugend;* a los 18, se convierten en S. A. o S. S. (*Schutzstaffeln,* tropas escogidas y de policía). Las muchachas forman parte de la B. D. M. *(Bund Deutscher Mädel)*, luego del *N. S. Frauenverein,* que corresponde a los S. A.

barrios ricos: una o dos por hotel tan sólo. Pero las casas de las calles comerciales y de los barrios populares aparecen rojas de arriba abajo. Solamente el palacio Rothschild permanece desnudo, escandalosamente desnudo, al fondo de sus céspedes bien recortados.

En la esquina de la plaza de la Opera, media docena de S. S., calzados con botas hasta las rodillas, me cortan el paso, agitando unos cepillos bajo mis mismas narices: "¡Para la W. H. W.!" (1); mi "No, gracias", les corta el resuello.

He oído elogiar y denigrar esta obra. Según unos, el producto de la colecta hebdomadaria sirve únicamente para suministrar a los indigentes ropa, carbón y pan. Según otros, buena parte del dinero arrancado a los transeuntes atemorizados "va a los armamentos", esto es, no se sabe adonde. Sea lo que fuere, he podido yo comprobar que el Estado retiene el 7 por ciento de mi sueldo como "donativo voluntario" a la W. H. W. Mi deber, pues, ya está cumplido, si es que se trata de un deber. Por otra parte, tengo un interés esencial en que siquiera un transeunte de cada mil —yo por ejemplo— oponga una negativa de principio a estas solicitaciones imperiosas.

(1) *Winterhilfswerk:* obra del socorro de invierno.

El espectáculo de los infelices asaltados por estas bandas insolentes, y que dan sus pfennigs por temor a las listas negras, produce un sentimiento de vergüenza general. Intentemos, por lo menos, salvar el honor. (Verdad es que mi gesto pierde mucho de su alcance por el hecho de ser yo extranjero).

Sobre las vías principales se han tendido unas percalinas de color rojo ladrillo con la siguiente divisa o *Schlagwort:* "La lucha contra el hambre y el frío es nuestra guerra". ¿Declaración pacifista, realmente? ¿O será que no se puede despertar el entusiasmo del alemán más que hablándole de "guerra", aunque sea tan sólo contra el frío?

El domingo pasado era el día del *Eintopfgericht.* Este día, todas las familias se limitan a un plato único en las comidas, una especie de bodrio de tocino, col y patatas, a fin de poder entregar la diferencia a la W. H. W. A manera de ejemplo y de propaganda, los notables de la ciudad celebran esta comida en público, en unas mesas colocadas delante de la Opera. Todo ello sin demasiado júbilo exterior, como cumpliendo una misión. Aprendizaje del nuevo civismo, con una mirada suspicaz hacia el vecino, miembro del Partido. Moral de Esparta aburguesada.

La Revolución, ¿no sería realmente sino una fachada roja para poner a cubierto al pequeño burgués? ¿Una campaña de propaganda confiada a los cuidados de la policía? ¿Una diversión estratégica, a cuyo reparo se reforma el ejército y las luchas sociales se mitigan? Desde luego es lo que me decían en París...

11 DE NOVIEMBRE.

ENCUENTRO. — Esta mañana, he sentido por vez primera algo trágico en presencia del régimen, algo que me revela sin duda uno de sus aspectos más profundos.

En esta iglesia barroca de Santa Catalina — muros cubiertos de escudos de armas y celadas en oro viejo, galerías de tablas pintadas con escenas de la Biblia— apenas si encuentro un asiento. Observo la proporción considerable de hombres en la asamblea. (Pero, ¿dónde está la gente joven?) Y el profundo recogimiento. Me ha parecido también como si cantasen mejor que antes, con un ritmo menos lánguido. El pastor ha hablado del heroísmo. El héroe cristiano no es el que muere gloriosamente por el poderío de su raza, sino aquel que cree humildemente hasta la muerte. Cristo no murió como un héroe, sino como un paria, ante los ojos de su pueblo.

Al salir, vivamente impresionado por el valor sereno (sin sombra de reto) que supone *hic et nunc* una tal prédica, un canto poderoso ha renovado bruscamente, a la vuelta de la esquina. Era un desfile de camisas pardas. Pasaron largamente ante el pórtico del templo, rechazando la oleada de los fieles que salían. Apenas comprendía las palabras de aquellas frases cortas, clamadas a voz en cuello, entrecortadas por el paso rítmico. Un vecino me las repite entre dientes: se habla en ella de "nuestra fuerza" y de banderas que es preciso teñir con la sangre de los judíos.

FINES DE NOVIEMBRE.

Ocho semanas de estancia, cuatro de enseñanza. Intentemos determinar el punto, entre tantos hechos menudos y contradictorios, anotados al día y sin pensar en su posible insignificancia. (1). Lo mejor será, sin duda, el traer a cuento, uno tras otro, unos cuantos tipos sociales de los más corrientes, y algunas situaciones bien circunscriptas.

(1) Se han suprimido, en la presente publicación, una porción de observaciones sobre personas privadas, y algunas interrogaciones "candorosas" a las que responde sobradamente lo que viene a continuación. (Nota de 1938).

LOS BURGUESES. — Cuando llegué a París, estaba convencido de que el hitlerismo es un movimiento "de derecha", una última tentativa para salvar el capitalismo y los privilegios burgueses, como dicen los socialistas; o bien: un baluarte contra el bolchevismo, como dicen los reaccionarios.

Veo a muchos burgueses: profesores, médicos, comerciantes, industriales, abogados, empleados, rentistas más o menos arruinados; y fuerza me es reconocer que todos ellos están contra el régimen. Es un bolchevismo disfrazado, repiten. ¡Singular "baluarte"! Se quejan de que todos las reformas sean en favor de los obreros y los campesinos; y de que los impuestos adquieran el carácter de una confiscación de capital; y de que la vida de familia haya sido aniquilada, minada la autoridad paterna, la religión desnaturalizada, eliminada de la educación, perseguida metódicamente, por mil medios solapados.

Pero, cuando les pregunto sobre sus propósitos de resistencia, se esquivan. Consigo hacerles confesar que, de todas maneras, el bolchevismo pardo es menos atroz, para ellos, que el rojo. No ha habido matanzas. Todo acontece de un modo progresivo y ordenado. Pronto no

tendrán fortuna alguna, pero conservarán siquiera sus títulos y sus funciones, bajo la fórmula del nuevo amo. (El gobernador de la provincia es un antiguo empleado de Correos, barrigudo y al parecer muy ordinario).

En todas partes el mismo temor paraliza en germen todo intento de resistencia: si no fueran los pardos los que ocupan el poder, serían los rojos. No imaginan otra alternativa. En realidad, estos "poseyentes" no han creído nunca en el régimen de Weimar. Sin duda no hay en Europa clase más indiferente a la vida política, más pasiva con respecto al Estado, más cobarde ante el hecho realizado —y realizado siempre por otros, como es natural—, más desprovisto de espíritu cívico, en una palabra.

Por una paradoja curiosa, el régimen nacional-socialista les está haciendo descubrir el hecho social y los problemas que formula. De una parte, la fuerza y la rapidez de la ascensión hitleriana han sido la expresión directa de una carencia del sentido cívico, ley general que se comprueba en todo país totalitario. De otra parte, el nuevo régimen ha emprendido la educación de toda esta gente: y de ahí el didactismo pesado de los innumerables discursos políticos y de la Prensa metida en cintura.

Seguramente, los alemanes han tenido siempre el sentido del grupo, y muy a menudo se siente uno tentado de explicar el nacional-socialismo por esa necesidad de marchar juntos, de cantar juntos, de beber y de pensar juntos. En realidad, este fenómeno es tan viejo como los alemanes; no puede, pues, explicar nada de todo esto nuevo que ocurre. Un régimen totalitario no expresa tanto el alma colectiva de un pueblo como la necesidad de remediar sus carencias profundas, de compensarlas. Hitler está llevando a cabo una doma del pueblo alemán (como Stalin del ruso), doma cuyos fines no tienen nada de tradicional, antes al contrario. Todos los esfuerzos de la propaganda para restaurar Dios sabe qué hipotético y prehistórico germanismo, están destinados —más o menos conscientemente— a enmascarar el carácter antialemán de los métodos que se aplican en la práctica. Métodos prusianos, dicen los alemanes del Sur; métodos eslavos, gruñen los prusianos. Métodos jacobinos, a mi juicio. Pues lo que se trata de inculcar a esta burguesía inerte no es el sentido del grupo, que ya tenía, sino el sentido del Estado, que no tiene. El sentido de la unidad alemana, de la preponderancia del interés alemán sobre los intereses de clase, y sobre todo interés privado.

He ahí la gran revolución, en un país en que la vida interior, por una parte, y la separación de clases, por la otra, constituían los verdaderos cimientos de las costumbres.

Solamente, hay esta diferencia profunda entre el jacobinismo y el nacional-socialismo: que el primero hablaba de los *derechos* del ciudadano, en tanto que el segundo no habla sino de sus *deberes*.

No veo razones teóricas para preferir uno de estos sistemas al otro. O, por mejor decir, cada razón que se presenta, suscita inmediatamente su contraria; es un vértigo dialéctico.

Un pequeño industrial. — Antes de 1933, su vida era imposible: huelgas, amenazas de muerte por parte de los extremistas, discusiones agotadoras con el sindicato, administración en delirio. Era la "libertad". Actualmente, no hay ya nada libre, pero todo marcha, me dice; o va a marchar. Nada de discusiones ya. El "Führer de empresa" no tiene derecho a despedir a sus obreros, pero éstos no tienen derecho a declararse en huelga. La paz social ha sido obtenida mediante la determinación de los deberes recíprocos, en un nivel de justicia más que mediano, pero estable. —En suma, ¿está usted contento? El

pequeño industrial sonríe, se encoge levemente de hombros, hace que sí con la cabeza. Mañana, tiene que partir para un *schulungslager* (campo de educación social). Lo cual no parece encantarle.

Le vuelvo a ver tres semanas más tarde.

—¿Y ese campo?

—Pues verá usted: vivíamos en una casa muy grande, alojados de dos en dos en unos cuartos confortables. Yo tenía por compañero a un obrero de mi fábrica. Compartiendo la misma habitación, aprende uno a conocerse. Asistíamos a unos cursos de política y de Economía. Cantábamos juntos. Nos hacían preguntas. La mayoría de las noches libres las pasábamos juntos, en la posada de la aldea...

Le siento rejuvenecido: ha vuelto a la escuela; y como liberado: estos obreros son en el fondo unos buenos chicos, se les puede hablar sin tener que levantar la barbilla...

Me ha parecido poder deducir de las palabras de este pequeño industrial y de otros cuantos por el estilo una respuesta menos burda a la pregunta corriente: *el régimen, ¿es de izquierda, o de derecha?* Hela aquí: el régimen es mucho

más de izquierda de lo que se figuran en Francia, y un poco menos de lo que creen los burgueses alemanes. Pero sin duda no podría darse una respuesta exacta, pues la misma pregunta adquiere caracteres de irealidad en cuanto se abandona el plano de la polémica (relativa con respecto a puntos de vista opuestos pero inconmensurables y, por naturaleza, independientes de toda información precisa).

Un israelita. — Después de las bromas de uso sobre los jefes del régimen, y de algunas indicaciones sobre las medidas vejatorias tomadas con respecto a los judíos (es muy sencillo: no pueden ni quedarse ni marcharse), me habla, no sin una viva nostalgia, de la obra de acercamiento franco-alemán que había emprendido en esta ciudad. Intercambio de estudiantes, conferencias, círculos de estudios, ayuda benéfica a los estudiantes de lenguas románicas, viajes, bibliotecas creadas o enriquecidas, conciertos... "Todo eso pasó ya a la historia", concluye. Esta frase tan corta contiene una suma de verdad que el espíritu se niega a concebir. (El espíritu se resiste a registrar el "hecho realizado", o a pensar en lo irreversible. Y el espíritu judío sin duda más que ningún otro; por esto es liberal.

Nada menos judío, a mi entender, que Marx).

Lo pasado, es una forma de cultura, seductora, amable y "profunda", pero a tal punto aparte de la vida "grosera" de las masas que no ha resistido un solo día al brusco despertar de ciertos instintos. Pero no voy a repetir aquí lo que digo ya en otra parte. (1) Anotaré simplemente que un judío, culto, liberal y burgués, no *puede* realmente concebir el hitlerismo más que como un absurdo total. No es el antisemitismo lo que le resulta inasequible —¡bien al contrario, muchos judíos lo comparten!— sino una concepción del mundo fundamentada en la fuerza de los hechos, donde su pensamiento no encuentra ya puntos de mira.

Por otra parte, es injusto, o inexacto, el decir en términos generales: el judío. Aquí mismo, distingo por lo menos tres especies de las más diversas. El judío de que acabo de hablar se confunde con el tipo europeo del liberal. Hay otros (dicen) que se han vuelto marxistas y hasta stalinianos, tanto por idealismo como por resentimiento. Sueñan en un anti-Führer, que lo hará

---

(1) En *Pensar con las manos*, obra terminada en el curso de este invierno alemán y bajo la impresión de las preguntas más embarazosas que no cesaba de formularme el hitlerismo.

mejor que el Führer de los cristianos. Pero la mayoría de los que se ven aún en un café de la plaza de la Opera parecen, fuerza es confesarlo, justificar las burdas divisas de la propaganda hitleriana. Ensortijados y panzudos, con el puro en medio de la boca, representan el tipo característico del capitalista insolente. A Goebbels y los Führers locales no les ha costado trabajo concentrar en ellos el rencor envidioso que consagran los pequeños a los poderosos en el interior de las clases burguesas. No han tenido necesidad alguna de recurrir a los manifiestos apócrifos, como los Protocolos de los Sabios de Sión: bastaba señalar con el dedo estas panzas y recordar a los padres humillados que sus hijos jamás son los primeros en una clase donde hay chicos judíos. . .

O *bien* el resentimiento no es una exclusiva de las izquierdas; *o bien* el hitlerismo es de izquierda. En ambos casos, nuestras derechas se equivocan.

LOS ESTUDIANTES. — En la mayoría de las universidades alemanas, el número de los estudiantes de lenguas románicas ha descendido a la décima parte de lo que era en 1932. Ciertamente, había que combatir el paro. Pero, en la práctica, los muchachos que acaban de terminar el bachillerato se ven obligados a hacer seis meses de campo de trabajo, dos años de servicio militar, y a veces un año de *Lehrakademie* (gimnasia y pedagogía) antes de entrar en la Universidad; y de ahí varios años vacíos, durante los cuales se espera sin duda que habrán de perder la afición al estudio. Añádase a esto la gran dificultad de obtener libros franceses, a causa del régimen de divisas. Nuestra cultura va perdiendo terreno en proporciones realmente inquietantes. Y la cultura en general.

Entre los que siguen mis cursos, la mayoría son estudiantes de cuarto o quinto año. Es la última generación anterior al régimen. Conocen la obra de Gide, Claudel, Giraudoux, mejor que yo. Uno de ellos me presenta un trabajo sobre las *Nouvelles Nourritures* de Gide, que acabo de recibir y le he prestado. Se asombra sinceramente del comunismo de que hace gala el autor, y concluye pensando que "debe ser un error por parte de este poeta". La misma reacción a propósito de Giono, al que adoran, y que consideran, no sin razón, más cercano a las ideologías pre-hitlerianas que al socialismo que dice profesar.

Los más jóvenes tienen un aire menos franco.

Salen del campo de trabajo. El profesor no les inspira ya ese respeto al título y hasta a la edad, tan general, y tan singular, en la Alemania de antes. Le consideran, simplemente, como un técnico indispensable —por otra parte, mal gimnasta y viviendo al margen de la vida— del que se puede aprender una cierta suma de "conocimientos".

Les pido que contesten por escrito a la siguiente pregunta: "¿Por qué estudio las lenguas románicas?". Tres, de cada seis, dan por motivo que la radio de las juventudes hitlerianas difunde conferencias en francés, lo que prueba que es "útil" el conocer esta lengua del vecino.

Poco antes de comenzar el semestre, una ordenanza del Führer de Instrucción Pública ha declarado disueltas e ilegales todas las corporaciones de estudiantes, sin excepción. El alcance de esta revolución en las costumbres aparece subrayado cada semana por el órgano universitario del Partido, el *Bewegung*. Nada en Francia podría dar idea de la violencia demagógica de estos artículos. Pues está menos en la vivacidad, y aun en la grosería, de los términos, que en la voluntad de acosar a la oposición vencida hasta en sus últimos asilos, en lo más íntimo de la vida interior. No se contentan ya con una sumisión, por

ejemplar que sea: se denuncia como "antisocial" al que no manifiesta un "jubiloso" ardor al servicio del Partido. Véase la "Oración de un Filisteo" *(Spiesser: Nachtgebet)* publicada por el *Bewegung* de esta semana:

He seguido mis cursos con celo, y he brillado en el seminario.

He sacrificado unos céntimos a la escandalosa miseria del pueblo, y no he faltado al servicio (1) esta noche.

He hecho atestiguar mi presencia y he leído con entusiasmo el V. B. (2).

He pagado hoy mi cotización a la S. A.

Pues soy un amigo del orden. — Amén.

En otro número, el artículo de fondo lleva por título: *Arrogancia académica.* Me permito traducir algunos párrafos:

"Tiempo hubo en Alemania en el que se consideraba todo permitido, y pensamos con una sonrisa un tanto sarcástica en aquella época guillermina en que un "Akademiker" (estudiante de la Universidad) se cernía a una altura inconmensurable sobre el obrero de una fábrica, y el

(1) El servicio de los S. A., que tiene lugar dos noches por semana.

(2) *Vœlkischer Beobachter,* diario oficial del Partido.

último botarate de cabeza huera miraba con desdén a los que no pertenecían a la "sociedad". El nacional-socialismo ha destruído las clases y las castas. Ha libertado al obrero de la loca ilusión de clase, cuerpo extraño en la nación. Y los partidos burgueses, sin que ello nos costara mayor esfuerzo, se han convertido en papilla como un *pudding* fallido. Sin embargo, nos parece a veces que tal depuración no se ha llevado tan allá en este lado como en el marxista, y que, detrás del famoso cuello duro, se esconde todavía la opinión de las "gentes bien". Lo que nos choca más particularmente, es la actitud reticente de los universitarios. ¡Todo transcurre aquí como si no hubiera habido nunca un 30 de enero! Aquí más que en ninguna otra parte reina la opinión de que antes "era, de todos modos, el buen tiempo". Desde el punto de vista egoísta de estos estudiantes de ayer, es comprensible. Para ellos y su casta, era el buen tiempo. Debe ser penoso el verse "rebajado" del estado de semi-dios académico al de "camarada" (!!!) popular. A mal tiempo, buena cara. Pero, en el fuero interno, se rabia, y en la mesa del café de la "corporación" desaparece ya todo recato. Algunas declaraciones extercorarias pronunciadas allí no tienen desde luego nada de académicas. . ."

Un artículo tal permite medir la naturaleza exacta de las resistencias al régimen que todavía subsisten. Apenas se puede hablar de oposición. Más bien es contra una inercia conservadora contra lo que lucha actualmente el Partido.

UN "OPONENTE". — Paseo con uno de mis estudiantes. Es ya *doktor phil.*, y querría perfeccionar su francés, en espera de una situación. Teme, por otra parte, no encontrar ninguna, por no pertenecer al Partido. Ha hecho mucho psicoanálisis: "En un tiempo, hasta estuvo casi a punto de acabar conmigo. Se llega a no poder creer en nada". Ahora, es discípulo de Nicolaï Hartmann: la voluntad, lo real, el orgullo del hombre. . . El régimen le repugna y lo rechaza. Es la dictadura de los bestias y los imbéciles. Le hago mi pregunta habitual: —¿Qué piensa usted hacer contra esta gente, contra este estado de cosas? —No es posible hacer nada. En todo caso, yo soy ya demasiado viejo. —¿Demasiado viejo, usted? ¿Qué edad tiene? —Veintisiete años. Pero el Führer lo ha dicho bien claramente el otro día: los que tenían más de veinte años en 1933 no comprenderán nunca los tiempos nuevos.

Prepara para el Seminario un trabajo sobre Barrés: "la tierra y los muertos", es casi el *Blut*

und Boden (la sangre y el suelo) de los nazis. Como le gusta Barrés, esto le tranquiliza. Es una manera de acercamiento, una transacción con el régimen detestado. (1)

Un comunista. — En su cocinita, donde estamos sentados a la mesa, desde hace dos horas, me cuenta sus agarradas con los nazis, antes del 33, cuando vestía de feld-grau (el uniforme de los comunistas) y los otros de pardo. Es un duro de pelar. Sin trabajo desde hace siete años. Antiguo jefe de una *Kameradschaft* (compañía de milicianos rojos). Irreductible, me lo afirma solemnemente. Pero también él se siente demasiado viejo para continuar la lucha. ¿Pelear todavía? Los obreros alemanes no son así. "Ustedes, los franceses —me dice— no sueñan más que en revoluciones y motines. No saben ustedes lo que es eso. Nosotros sí lo sabemos, y ya hemos tenido bastantes en nuestro país. Ahora, queremos trabajar, y tener nuestro tazón de café con leche por la mañana. Que nos den eso, Hitler o el que sea, y nos daremos por contentos. La política no interesa a los obreros cuando tienen de qué comer y trabajo. ¿Hitler? Ahora que ha ganado, no tiene sino que llevar a la práctica su programa. Un programa que era casi el mismo que el nuestro. Pero él ha sido más listo, y ha tranquilizado a los burgueses no atacando en seguida la religión..." Bruscamente, se levanta de su taburete y, con un gran ademán, levantando el dedo, exclama: "Voy a decirle una cosa: Si todos llegasen a abandonarle, todos esos cerdos que pululan a su alrededor (y nombra a los principales jefes del régimen), pues bien, ¡yo, (y se da un gran golpe de pecho) yo, me dejaría matar por él!" Y repite: "*Él*, por lo menos, es un hombre sincero: ¡el único!"

Un "viejo combatiente" del régimen. — Se les reconoce inmediatamente: un tipo fino que contrasta con el de los burgueses y los obreros: más duro, deportivo, la mirada fría y objetiva, la tez pálida, gafas, una cierta pesadez en la parte inferior del rostro (1).

Antes del 33, no se le recibía ya en la buena sociedad de la ciudad; luego, se ha convertido en un personaje, buscado hasta por aquellos que le habrían hecho las peores afrentas en público; como, por ejemplo, este gran industrial, al que ha

(1) Este estudiante acaba de entrar en el Partido. (Nota de 1938).

(1) La cabeza de Herr Seiss-Inquart y Herr Henlein. (Nota de 1938).

invitado con nosotros esta noche, y que presumía antaño de social-demócrata. Hablamos de política, tema prohibido entre los burgueses de la oposición. Nuestro anfitrión discute breve y cortésmente mis objeciones (relativas sobre todo al peligro de guerra que representa el hitlerismo). Reconoce el fundamento de algunas críticas; pero acaba diciendo: —Sea lo que fuere, no podrá usted negar que la política del Führer es una política de alto vuelo.

Le pregunto sobre la cuestión del Anschluss. (Todo el mundo aquí repite lo mismo: no lo queremos, sería una operación económicamente desastrosa, ya sin ello tenemos bastantes católicos, solamente el Führer piensa en ello, etc.)

—¿El Anschluss? —dice nuestro anfitrión—. La cosa se hará tan de prisa que nadie tendrá tiempo ni de rechistar. Ningún peligro de guerra. Un relámpago, y todo habrá terminado. No tema usted por la paz; nosotros sabemos calcular, y todo está calculado en este asunto.

En el cuarto de su hijo: Toma al pequeñín en brazos y, levantándolo en alto, exclama: "¡Sí, tú serás un verdadero guerrero!" Su mujer: —"No seas absurdo, esas cosas no se dicen delante de franceses". Pero el marido no parece darse cuenta. ¿Dónde está el absurdo?

PADRES E HIJOS. — Almuerzo en casa de un abogado. La señora se queja: "No hay ya vida de familia posible, con este sistema. Todas las noches, dos de mis hijos, de tres que tengo, son acaparados por el Partido. Mi hija mayor tiene dieciocho años. Es "Führerin" de un grupo de muchachas a las que tiene que adiestrar dos veces a la semana: gimnasia y cultura política. Forma, además, parte de su cometido el encontrar trabajo a sus subordinadas, ocuparse de los socorros que deban prestarse a las más necesitadas, visitarlas cuando están enfermas (lo que viene a ser un control) y hasta, como ha ocurrido más de una vez, arreglar cuestiones de orden muy delicado: hijos naturales, etc.; ya me comprende usted. Como puede usted figurarse, con todo esto apenas si la vemos. Y, en estas condiciones, ¿cómo quiere usted que los padres conserven su autoridad? El Partido tiene en todo la primacía, y a él hay que supeditar todo el resto. Si quisiéramos, pongo por caso, impedir a nuestro hijo, que tiene ahora quince años, el salir una noche que se siente un poco enfermo, correríamos el riesgo de tener una historia con las autoridades del Partido. Para nuestros hijos, no somos más que civiles. Ellos, se sienten militares".

Queja oída veinte veces. A los hijos, como es natural, les encanta. Se sienten libres. Pues la libertad, para un adolescente, es todo aquello que no depende de la familia; aunque se trate de la disciplina más dura, con tal de que sea fuera del hogar.

No diré ya que el "fascismo" mate el espíritu de iniciativa. Al contrario. Compárese la joven *Führerin* con una muchacha de la misma edad en nuestro país. Pero la iniciativa que se exige es la que sirve al Estado y la prevista por él; es la que la táctica moderna exige al soldado en el campo de batalla. Obligar sería poco. Apoderarse hasta de la libertad de la gente joven: he ahí en lo que consiste el totalitarismo.

La Prensa. — Será de justicia apuntar en el haber del régimen hitleriano que haya hecho la Prensa tan aburrida. Pues que es aburrida nadie lo niega; y el que un lector como yo no comparta esta opinión general no hace sino confirmar su exactitud en general. Pues la verdad es que pertenezco a la especie bastante rara de aquellos que desearían leer los periódicos como una página de historia. Pero fuerza es reconocer que la mayoría de los hombres no piden a su diario más que un folletín tragicómico, y no sólo el

del "pico bajo", sino también el que componen las agencias y los redactores políticos.

Ahora bien, un periódico alemán:

1º no contiene relatos de crímenes;
2º no calumnia sino por razones de Estado, jamás por razones privadas;
3º no da noticias falsas que no sean con un propósito político claramente definido, conocido de todos, y constituyendo por consiguiente una clave de corrección de muy fácil manejo;
4º da mucho más texto que imágenes;
5º se expresa, con respecto a los mismos asuntos, exactamente en los mismos términos que sus colegas;
6º no denigra jamás a la nación ni a sus jefes;
7º pide colaboración a los escritores y los sabios, de preferencia a los actores y los campeones ciclistas.

Todas estas razones hacen de la Prensa alemana una lata intolerable para el gran público. Las tiradas bajan, el número de periódicos disminuye, al revés de lo que ocurre en Francia. Magnífico resultado. (Hace tiempo que Kierkegaard advirtió que la existencia de la Prensa cuotidiana "hace imposible el cristianismo"). Por otra par-

te, estos periódicos "metidos en cintura" suelen contener más informaciones sobre el estado general del mundo que los diarios franceses "libres". El alemán sabe lo que ocurre en el Japón, en Sud América, y hasta en Francia. El francés lo ignora olímpicamente, pero, en cambio, sabe al dedillo los hechos y dichos de Mademoiselle Darrieux, la estrella de cine, pongo por caso. Se nos asegura también que el francés está dispuesto a dejarse matar para asegurar la libertad de su Prensa, y esto es: el derecho de un periódico a venderse al mejor postor, y a inventar las noticias falsas que se le antojen.

Economía. — Como mi incompetencia en estos dominios es casi tan grande como la de los reporteros que los explotan habitualmente, me contentaré con corregir algunas observaciones banales con frecuencia reproducidas por la prensa extranjera.

S., director de uno de los trust más importantes del Reich, socializante en otro tiempo, hoy día miembro de las S. A., me dice que, a su juicio, Hitler era el único hombre capaz de asegurar unas relaciones equilibradas (?) entre Francia y Alemania, mediante un control de los mercados. Me recuerda así que en enero del 33 había

más de 6 millones de parados, cifra reducida a un millón dos años más tarde. —¡Pero es que se les ha dedicado a todos a fabricar armamentos!— Si Francia dejase de fabricarlos, me replica S., ¿cuántos parados tendría?

Los periódicos franceses están llenos de alusiones irónicas a la frase de Goering sobre la mantequilla reemplazada por los cañones. He aquí la realidad: la mantequilla está contingentada, no se puede comprar más que un medio-cuarto a la vez. Si se necesita otro medio-cuarto hay que ir a la tienda siguiente. Que es lo que hacemos nosotros.

Los alemanes son espléndidos de ver. Perfección de los escaparates, de las instalaciones materiales. Todo ello debe acarrear gastos generales muy subidos, y de ahí que los precios al detalle sean tan altos. Los mostradores de las tiendas de productos alimenticios no exhiben una gran abundancia: ni un melón más de los que puedan venderse con toda seguridad durante el día. En el momento en que no se pierde nada, en que no hay exceso posible, adiós la dulzura del vivir. Pero lo esencial es saber para qué excesos se reserva uno.

El dinero líquido es sumamente raro. Casi todas las compras de alguna importancia se pagan

mediante un sistema muy complicado de pagarés a vencimiento fijo. Al término de cada mes, la caja de la Universidad a duras penas consigue hacer frente a sus obligaciones. Aprovechando el menor pretexto, la cierran, para ganar un week-end, un día. Me han dicho también que la policía de las calles simula aflojar su vigilancia durante la última semana del mes, con objeto de que los transeuntes, envalentonados, atraviesen la calle con temeridad en los momentos prohibidos, y esta celada produce al Estado una porción de monedas de un marco. Como, además, los bolsillos suelen hallarse en seco durante esos días, ello supone una ganancia triple para la policía, pues toda multa que no se puede pagar en el acto es aumentada a tres marcos, pagaderos a domicilio.

He aquí un rasgo característico de la jerarquía de las *necesidades elementales* entre los alemanes. Los propietarios de nuestra casa están arruinados. No disponen de otro dinero líquido que el que le produce el alquiler de las habitaciones. Se alimentan muy mal, no compran ni vino, ni fruta, y sólo alguna que otra vez carne. Pero acaban de adquirir una lavadora mecánica que les cuesta 120 marcos (el presupuesto de dos meses).

Durante los años que precedieron al advenimiento de Hitler, he observado a menudo en otras provincias alemanas la propensión de las gentes arruinadas a edificar, a agrandar su casa, a perfeccionar sus aparatos domésticos. Es uno de los secretos de la deuda monetaria alemana, y de su riqueza real.

PROPAGANDA. — Olvidamos con demasiada frecuencia que la propaganda hitlerista halaga una de las apetencias más profundas del alemán: la de aprender. Rosemberg, Goebbels, los teoricistas del racismo, se esfuerzan menos en embriagar a las muchedumbres con elocuencia (a la francesa) que en enseñarle hechos y datos, y una moral cívica presentada como realista y "científica". No se imaginan en Francia la seriedad y la aplicación que ponen los partidarios del nacional-socialismo en *explicar* su posición, tal como el Führer la ha revelado a su razón. Le explican a uno las leyes biológicas de la raza, la necesidad de la eugenesia, el funcionamiento beneficioso de las restricciones económicas "provisionales", las cláusulas del Diktat, el estado demográfico de la Europa Central, el papel de los campos de trabajo en la creación de una ética comunitaria, el error de las concepciones sociales con arreglo a

las cuales vivían "antes de enero del 33", etc., etc. Explican sobre todo cuáles son los *deberes* perfectamente racionales (a sus ojos cuando menos) que exige de ellos el nuevo orden social. Lo que resultaba indignante en los discursos lanzados como retos al extranjero, resulta casi conmovedor, a fuerza de buena fe, en boca de un S. A. convencido, o de su mujer.

¿Me habrá contaminado ya este optimismo obligatorio de regla en el país? Me digo a veces que, si se consigue evitar un nuevo conflicto armado, es posible que el hitlerismo aparezca, a los ojos de los historiadores futuros, como una escuela cívica elemental, que habrá dado al pueblo alemán lo que le faltaba para *desear* la verdadera democracia. Y para realizar sus condiciones primarias, que son el sentido vulgarizado del Estado y el sentido del servicio social.

COMPENSACIONES. — Stalin proclama una religión del trabajo y los rusos son los más perezosos de los hombres; Mussolini, una religión del Imperio, y apenas si los italianos han sido nunca una nación; Hitler, una religión del Estado, y los alemanes la aprenden penosamente, con una pedantería patética... ¡No vayamos, nosotros, a hacer una religión de la Libertad! Sería la señal

de que íbamos perdiendo la afición a ella y su uso natural, espontáneo.

VÉRTIGO DE LA RELATIVIDAD HISTÓRICA.—Se siente la tentación de imaginar que las ciertas elecciones entre dos causas son cosa sencilla, *porque* unos hombres no han vacilado en dejarse matar por una u otra de dichas causas.

¿Por qué se deja uno matar? En la medida en que se acepta, es por una especie de acto de fe. Pero, entonces, todo depende de la verdad de esta fe. Los camaradas de que habla la *Horsh Wessel Lied*, y que murieron bajo los golpes de la "Reaktion" y el "Rotfront", ¿sabían lo que iba a ser el régimen por el cual se sacrificaban? Solamente sus descendientes lo sabrán. Y aun ese saber será muy relativo, pues no es de medida constante en ese orden. Habrán muerto, pues, por una idea que su triunfo mataría quizás, o revelará falsa y nociva.

Para morir "con conocimiento de causa", sería preciso poder anticipar proféticamente por lo menos algunos siglos de historia.

Solamente el cristiano muere en la certidumbre, porque su fe le ha revelado el fin absoluto de la historia, la catástrofe, y la resurrección para el Juicio final. Y detrás de él resuena

esta palabra: "Todo está consumado", —sobre la Cruz.

FINES DE DICIEMBRE.

Navidad. Y el régimen, de nuevo, que se borra: la vieja Alemania piadosa y forestal resucita en todos los hogares, y una vez más la vida de estos hogares se difunde por las calles tumultuosas, de escaparates iluminados en pleno día, en medio de un aroma de abeto fresco. "O Heil'ge Nacht!", ¡oh noche santa de intimidad, en la que de nuevo oigo latir el corazón de mi antigua "Germania bien amada"!...

2 DE ENERO DE 1936.

El hijo de la propietaria es un hombre flaco, paliducho, herido de guerra, que no puede ocuparse más que de la casa y las cuentas a los inquilinos. Acostumbra a bajar la escalera silboteando un aire marcial cada vez que alguien sale, a fin de comprobar si la puerta ha sido cerrada con llave.

Ayer por la noche, me había entregado la cuenta correspondiente al mes de diciembre. Además de los 70 marcos convenidos: 45 marcos por la electricidad y el gas de tres meses. Suponiendo

que se trataba de un error, le mando llamar esta mañana.

—No se trata de un error —me dice—; es exactamente lo que he tenido que pagar por usted, según el medidor.

—Pero, ¿no comprendía acaso nuestro contrato el alumbrado y el gas, *inclusives?*

—Es posible; pero eso es lo que usted me ha costado.

—Lo siento por usted; pero debería usted haberlo previsto antes. Por mi parte, me atengo al contrato. (Y adopto la postura de Poincaré).

—En esas condiciones, no puedo seguir alquilándole las habitaciones.

—Ni yo puedo seguir pagándolas.

La anécdota retrata bien cabalmente a estos alemanes. En un principio, por deseo de hacerse simpáticos, por generosidad o por torpeza, hacen ofrecimientos demasiado ventajosos, sin calcular los riesgos a que se exponen. Y cuando la experiencia viene a mostrarles que pierden en el trato, en lugar de proponer un nuevo arreglo, pierden la cabeza, intentan un golpe de *bluff*, y estalla la guerra.

En pequeño, es la historia del tratado de Versalles.

"Nie mehr Krieg!" Hemos transigido. Moraleja:

Un francés, jurista y astuto de nacimiento, habría intentado engañarme interpretando hábilmente la letra del contrato. El alemán prefiere apelar a la necesidad, más fuerte que todo contrato. Dificultad de decidir en donde está la injusticia mayor.

Y, de añadidura, tanto en uno como en otro caso, el que pierde es el único que habla de injusticia, mientras el otro se siente con derecho a afirmar: no hay justicia posible sin una revisión de las cláusulas que la realidad ha demostrado inadecuadas.

10 DE ENERO.

UNA PELÍCULA DE PROPAGANDA. — Destino de una comuna de alemanes de la región del Volga, durante la revolución rusa.

El oficial soviético tiene una cabeza de chino apócrifo y de chino pérfido (inferioridad moral de los no-arios). La única muchacha de la aldea que traiciona su honor: es que ha nacido de una madre rusa. (Todo mestizo lleva la traición en la sangre). Se ve a un viejo pastor protestante

que tiene la debilidad de rezar por sus enemigos (sabotaje moral) y de condenar la violencia (liberalismo morboso). El mozo aldeano brutal que le hace frente representa la nueva Alemania. Gracias a él, la aldea será salvada, y los rusos convenientemente extirpados. En una escena patética con el anciano pastor, este paladín de las virtudes germánicas exclama: "¡No creo más que en un Dios que salve el honor de mi pueblo!" La aldea queda al fin libre de la canalla asiática, los jóvenes se reúnen sobre las ruinas humeantes del templo (1) y rezan: "¡Oh Dios, que nos has hecho libres y fuertes, asístenos siempre, Amén!" Es la oración al Dios de la tribu. En cuanto al Libro que dice: "Amad a vuestros enemigos", se nos explica que es ya letra muerta *(Foter Buchstabe)* y que no puede ya "servirnos" de nada. Efectivamente.

Todo ello precisa muy oportunamente el sentido de las declaraciones del Führer, cuando se proclama el protector de la "religión" frente a los sin-dios bolcheviques.

(1) El templo ha sido quemado por los bolcheviques, como es debido. Pero estos "piadosos" germanos lo destruyen mejor en espíritu.

CONVERSACIÓN CON UN S. A. — Acaba de pasar su doctorado, y asiste aún, de cuando en cuando, a mi seminario. Como parecen interesarle mis reacciones con respecto al régimen, le llevo a veces a casa para charlar.

ÉL. — ¿Qué hay de nuevo desde nuestra última entrevista?

YO. — Algunas observaciones, vagando por las calles... Vagar, es una actividad más bien "reaccionaria", ¿no es cierto?

ÉL. — ¡Ah!, sí... *(Silencio cortés)*.

YO.— Vamos al grano. Le decía el otro día: ¿cómo quieren ustedes que los franceses no les acusen de ardor belicoso, cuando ven a la juventud alemana apasionarse por el "*Wehrsport*"? (1) Esa manía de llevar botas altas sin montar a caballo, esos uniformes, esas dagas colgadas del cinturón, esos desfiles marciales, —todo eso significa *guerra* en francés. No hay nada que hacer contra esa impresión. Se lo decía a usted antes: cuando los franceses ven a la gente joven desfilar en filas bien apretadas, y, sobre todo, cuando esto se hace

(1) *Wehrsport:* deporte de las armas. Ejercicio de marcha por el campo, al que se entregan una vez por semana los S. A.

por gusto, la explicación no puede ser más que una: que esa gente se está preparando para la guerra.

ÉL. — Sin embargo, no pasa de ser una inclinación de nuestro carácter. Nada tiene que ver con la guerra, sobre todo con la guerra contra un país determinado. Siempre le ha gustado a la juventud alemana caminar y cantar en compañía. ¿No se apasionan acaso los suizos por el tiro al arco? Y no por eso irán ustedes a acusarles de constituir un peligro para sus vecinos.

YO. — Bien. Supongamos que así sea. En ese punto precisamente habíamos quedado. Yo le había dicho, a guisa de conclusión: Deseemos que logren ustedes hacer comprender, fuera de Alemania, que su afición al decorado guerrero no es, en fin de cuentas, sino un gusto pacífico, deportivo: artístico, en una palabra.

ÉL. — ¿Y ahora, qué dice usted?

YO. — Ahora, me parece que la cosa es más grave. Le confieso que me impresiona el oír constantemente a mi alrededor esa palabra: *Kampf*, lucha, que se oye sin cesar y en todas partes, en los artículos de los periódicos, en los discursos políticos, a propósito de todo. Yo admiro, por ejemplo, el "Socorro de invierno" organizado por ustedes, pero no puedo menos de

observar que todas las banderolas rojas tendidas sobre las calles y con inscripciones y muletillas de propaganda en favor de la obra contienen la palabra *Kampf*, cuando no es la palabra *Krieg*. "La *lucha* contra el hambre y el frío es *nuestra guerra*". Sé lo que quieren ustedes decir con ello, a saber: "Los demás pueblos están todavía en la guerra armada, mientras nosotros, los alemanes, luchamos por construir un mundo sin miseria: ¡esa es *nuestra guerra!*" Pero, ¿por qué tiene que ser aún una guerra vuestra paz? ¿Es que no pueden, realmente, exaltar a sus conciudadanos más que llamándoles a la guerra, aunque esta guerra sea en pro de la paz? Vea usted la diferencia: cuando Briand quería encender el entusiasmo de los franceses, "declaraba la Paz" al mundo entero.

ÉL. — Pero también los franceses eran los únicos que le creían. Y ello no desazonaba mayormente a su Comité de las Forjas. Hablemos en serio. Ante todo, el abuso de la palabra *Kampf* se explica fácilmente: es el Führer quien lo introdujo en nuestras costumbres de expresión con su famosa autobiografía. Pero poco importa. La verdad es que tenemos una concepción heroica de la vida. Todo proviene de ahí.

YO. — ¡Henos al fin al cabo de la calle! No voy a contradecir la concepción del mundo de

ustedes en aquello, cuando menos, en que se pretende heroica, lo mismo que la de la juventud rusa, por otra parte. Le confieso que me gustaría que la juventud francesa se mostrase un poco más heroica, menos exclusivamente apasionada del cine y de las proezas "deportivas" de los corredores de la Vuelta de Francia, por ejemplo. Solamente que tenemos dos conceptos radicalmente opuestos del heroísmo. Usted se pone sus botas altas y se va a hacer ejercicio al campo. Perfectamente; la cosa es bien sencilla. Yo, en cambio... es más complicado de explicar, y quizás también de hacer. Yo, también, tengo que batirme contra un régimen económico y cultural, contra una masa de prejuicios políticos antediluvianos que echan a perder la vida pública y envenenan el pensamiento. Yo, también, tengo que luchar contra todas las sugestiones de izquierda y de derecha para avanzar, para superar esas viejas obsesiones sentimentales, para continuar siendo dueño de mi pensamiento y de mis actos en medio de la excitación general y estéril que caracteriza estos años en que vivimos. Tenemos que construir un orden. Y ello me parece mucho más urgente que el ir a hacer la guerra de mentirijillas en el bosque de Meudon. Y más peligroso también.

Él. — Seguramente. Pero no olvide usted que, nosotros, hemos hecho nuestra revolución. Ahora, tenemos otro problema por resolver. Lo espiritual está ya decidido y arreglado... oficialmente, cuando menos. Pero, ¿qué hacer con nuestra energía física? Y la cosa es más grave aún. Nosotros, ¿sabe usted?, no podemos escapar a esa especie de obsesión, como usted decía: los antiguos combatientes viviendo entre nosotros. Estos han sufrido una prueba formidable, han realizado una experiencia máxima, han vivido algo de extremo, y nada puede reemplazar esto para nosotros. Nos sentimos avergonzados ante ellos. Comprendemos que nunca hemos ido hasta el extremo límite de nuestras fuerzas. Hay un instinto profundo, en todo hombre, que reclama esta prueba total de sus fuerzas. ¿Cómo satisfacerla?

Yo. — Hace diez años, le habría dicho: el deporte...

Él. — Es algo. Pero no es bastante, no es *serio*. El adversario no es un adversario de veras, como en la guerra. Necesitamos sentir ante nosotros un adversario realmente peligroso; sin eso, no podremos provocar el despliegue de todas nuestras fuerzas viriles. No es posible negarlo, sin embargo, pura y simplemente, en nombre del "pacifismo", en nombre de una teoría cualquiera...

Yo. — Admitamos, si quiere usted, que su *Wehrsport* desarrolle realmente su virilidad. ¿A qué puede llevarnos tal cosa, si no es a la guerra?

Él. — Quizá haga falta eso...

Yo. — ¡No lo decía usted hace un instante! Voy sin duda a sorprenderle un poco. Lo que reprocho a su "quizás haga falta eso", no es su cinismo; es, más bien, su idealismo lamentable. La guerra actual, no es, ni mucho menos, un llamamiento a la virilidad. No estamos ya en tiempos de Federico el Grande. La guerra actual no es una educación de la violencia física, es una máquina de matar químicamente, y a gran distancia; es una matanza mecánica, simplemente. Todo ello en beneficio del trust de los armamentos, como sabe usted. No comprendo su envidia de los antiguos combatientes. Estos han sufrido una prueba inútil y mala. Han sido víctimas de un tremendo accidente. Una prueba semejante no es humana, no tiene el menor valor para la vida normal del hombre. ¡Y bien claro lo dicen ellos! Es una mutilación. Una catástrofe cósmica, como un alud que pasa sobre una aldea de los Alpes: ¡qué gloria ni qué beneficio van a sacar de ello los supervivientes! ¿Y quiere usted desendadenar a propósito un nuevo alud para vivir también la aventura, esa "experiencia heroica", ese

Erlebnis admirable que consiste en escapar a una muerte estúpida con uno o dos miembros de menos?

ÉL. — ¿Qué solución propone usted entonces? ¿Escribir artículos pacifistas, o vagar por los cafés, o ganar dinero, o entretenerse en urdir la teoría de un orden nuevo? No son ustedes, en Francia, demasiado realistas que digamos.

YO. — Usted sabe que no soy pacifista. Reconozco la realidad y la necesidad de conflictos humanos. Pero hay otras soluciones que la guerra. Subrayar todas las diferencias, todos los contrastes, y, en último término, afirmarse franceses frente a los alemanes, puede llevar a una lucha abierta, pero no forzosamente a una destrucción material. Antes al contrario: nosotros, los personalistas, necesitamos demasiado las diferencias y las oposiciones naturales para querer aniquilarlas. Somos federalistas, esto es, queremos que todas las diferencias se exalten mutuamente por su oposición, y creen *tensiones* fecundas. La civilización y la cultura se engendran y viven de tensiones de este género. Tome usted el ejemplo de un cuadro. No se trata en él, para llegar a la armonía, de mezclar todos los colores. Es preciso, por el contrario, colocar junto a un rojo vivo un verde violento, a fin de hacer "cantar" el conjunto . . .

ÉL. — ¡Hermosa composición estética! Le repito a usted que carece de realismo. Es usted todavía más discípulo de Rousseau de lo que se figura. En la realidad humana, la exaltación de las diferencias lleva a la guerra, inevitablemente.

YO. — ¡En la realidad de usted, sí! Porque coloca usted todos los conflictos en el cuadro rígido de las naciones. La nación-bloque, tal como la concibe usted, es un peligro desde el momento en que se siente fuerte y armada. Por eso se me antoja que su "deporte armado" es una amenaza para la paz, quiéralo usted o no, porque está al servicio del Estado.

ÉL. — *¡Ach!* Es únicamente para nuestra educación interna. Usted sabe de sobra que no tenemos el menor motivo para querer la guerra con Francia. ¿Qué iríamos sacando de ella?

YO. — Efectivamente. Pero, ¿y con Rusia?

ÉL. — Eso es ya otra cosa. Hay que estar preparado a todo, aunque todavía se extienda la Polonia entre ambas. Pero, sobre todo, necesitamos una fuerza armada, en el interior, para asegurar la defensa del régimen.

YO. — Volviendo a nuestro problema de la guerra en sí misma. ¿Qué solución da usted a esa cuestión de la utilización de las fuerzas oscuras, brutales, del hombre? La preparación a la

guerra. Y cuando le digo a usted que es un peligro europeo, usted lo niega, con una sinceridad que no puedo poner en duda, pero que no logro concebir. ¿Sin duda soy todavía demasiado racionalista?

ÉL. — No niego la dificultad. Pero, ¿acaso no existe también en su sistema "federalista"? Además, dejan ustedes a un lado esa *necesidad* del esfuerzo físico del hombre...

YO. — No la dejamos de lado. Pretendemos crearle otro campo de acción que el de la guerra moderna. Negamos que la guerra pueda ser nunca una solución, dados sus instrumentos actuales. Queremos una lucha creadora, y no destructora. Todo el esfuerzo de la civilización estriba en ello: hacer fecundos los conflictos necesarios. Y no llegar a la supresión de uno de los antagonistas. Sé que la palabra civilización está mal vista entre ustedes. Pero no renunciaremos a la civilización so pretexto de que los judíos alemanes han dado de ella, según usted, una caricatura. Es preciso que las luchas se conviertan en luchas espirituales, en el sentido en que Rimbaud dijera: "El combate espiritual es tan brutal como la batalla de hombres".

ÉL. — Y ¿con aquéllos que no lleguen tan arriba? ¿Con la gran masa humana de los que no

comprenden la violencia sino bajo sus formas físicas, qué hará usted? ¿Reservará usted, cuando menos, un terreno concreto, un país donde aquellos que así lo deseen puedan... como dice usted en francés *"sich austoben"*?

YO. — Campar a sus anchas. O a sus estrechas, más bien... No tengo inconveniente, con tal de que no sea en Francia. Pero le responderé a usted más seriamente, con una sola palabra: es una cuestión de *educación*. Para nosotros, el educar a los hombres no es atiborrarles el cráneo de nociones inútiles, ni siquiera de esas nociones llamadas prácticas. Pero todavía menos es el acostumbrarlos a la brutalidad. Educar a los hombres, es darles los medios, justamente, de transportar su violencia natural a dominios en que pueda llegar a ser fecunda.

ÉL. — ¡Le deseo muy buena suerte!

25 DE ENERO.

ANECDOTARIO. — El abogado me interrogaba acerca de la política exterior de Francia. El pacto con los Soviets le irrita vivamente. "Si Francia, como usted afirma, prefiere en general los principios a sus propios intereses, ¿por qué se alía con Stalin? Eso es bastante peor de lo que podamos haber hecho nosotros contra la libertad."

Cada vez que me envían un libro de Francia tengo que ir a buscarlo a la oficina de Aduanas. Esta mañana se trataba de la biografía inofensiva de una mujer de bien...

—¿Es una obra de carácter político?, me pregunta el empleado.

—¿Y cómo quiere usted que lo sepa? Démelo usted primero, si le parece, y dentro de ocho días le podré contestar. Temo, por otra parte, que todo sea de carácter político para ustedes, incluso las biografías de las hermanas de caridad.

La insolencia paraliza siempre a los funcionarios alemanes. Este se pone a sudar a chorros. Busca una arguccia legal con qué molestarme. ¡Ya está! Su índice inquisitorial señala las palabras: *Dix hors textes* (1) sobre la cubierta. Le doy una explicación técnica lo más pedantesca posible.

—¿Eso quiere decir que hay papeles añadidos al libro?

—Exactamente; papeles secretos, como ve usted, puesto que se dice en la cubierta.

Arroja el libro sobre el mostrador y se bate en retirada.

(1) Esto es: *Diez* ilustraciones o añadidos *fuera de texto.* (N. del trad.).

Frases oídas con frecuencia entre los burgueses de la especie "alta burguesía": "El pueblo es favorable al régimen. Los empleados y los obreros encuentran en él mil oportunidades de elevarse. Vea usted a nuestro *Gauleiter* (Gobernador de la provincia): ¡un ex empleado de Correos! Y fíjese en nuestros criados: como observará, han dejado de respetarnos." (Esto significa que son ahora menos serviles, que se respetan más a sí mismos.)

Me paseo por las calles principales, miro pasar la gente, y me digo: en el fondo, no ha habido tal revolución. Todo está, poco más o menos, lo mismo que antes, excepción hecha de que ya no se mata *en medio de la calle.* (Me parece que esto es lo que las personas decentes bautizan con el nombre de "orden"). No han hecho sino restablecer la situación capitalista y retardar lo inevitable, esto es: el ajuste de cuentas con los errores económicos del siglo XIX. Pero fuerza es reconocer que la revolución social de esta gente tiene más realidad que la económica; y es que la primera depende, en último término, de una propaganda hábil, que empieza por ser de orden moral, igualitaria y niveladora; en tanto que la segunda

requiere un espíritu creador. Y, como es natural, tienen más albañiles que arquitectos, más oradores que pensadores.

Pero ninguna de estas explicaciones me deja más satisfecho que las anteriores: tiene que haber una clave a todo ello. Algo que no alcanzo aún a ver. Algo invisible, justamente, y que en la estimativa de esta gente prevalece sobre todo el resto. . .

FEBRERO.

EN FRANCFORT, DURANTE EL CARNAVAL. —En 1932, por esta misma época, escribía yo, al final de un estudio sobre Goethe: "Los tiempos nos apremian por todas partes exigiéndonos una elección, hasta en nuestras admiraciones; nos apremian a que refiramos todas nuestras cosas, aun las espirituales, a una especie de coeficiente de utilidad. En este día de febrero de 1932, en este Francfort, presa del Carnaval y de la angustia, no soy yo quien formula la cuestión: es ésta la que me asedia. El último Carnaval, quizás, para esta burguesía cuyos tesoros patinados acabo de admirar, en la alta mansión solariega de Goethe" (1).

(1) *El silencio de Goethe*, publicado en la *Nouvelle Revue Française*, marzo de 1932.

Era al final de una breve temporada en esta ciudad, en la que vuelvo hoy, pasados tres años, a comprobar que no me había engañado. He vuelto a ver la noble escalera, las estancias, guarnecidas de muebles escogidos, de la casa de Goethe, más aislada aún, y más íntima, en esta época del año.

El Goethe de Francfort y de los primeros años de Weimar, antes del viaje a Italia: este es el Goethe al que profeso una amistad entrañable y que no ha cesado de nutrirme desde hace diez años. Kierkegaard es mi desmesura, Goethe mi equilibrio. Contemporáneos, se habrían mútuamente detestado. Y, en mis adentros, más aun que un diálogo, es una lucha la que libran entre sí, con éxitos alternos. Pero, aquí, y en este momento, y bajo la amenaza de un régimen que desde luego habría tenido que reducir a ambos al silencio, ¿me veré obligado a elegir al que mejor *resista?* Este humanista atormentado, pero demasiado habilidoso, ¿sería realmente un obstáculo serio para la empresa de glorificación de las fuerzas humanas, puramente humanas, que representa el hitlerismo? ¿No encontraría veinte razones para aceptar, como tantos burgueses, una tiranía que se pretende provisional, de la que nacerá acaso un hombre nuevo, una nueva felici-

dad, un orgullo mejor fundado? Goethe es el primero que nos enseñó a considerar nuestra vida en una duración biográfica e histórica, en la que el *instante* se relativiza. Así, las decisiones últimas pierden su urgencia absoluta. Habría que saberlo todo para poder calcular su acto, y este saber es accesible: hállase al término del progreso, de la evolución de nuestro individuo. Los nazis corrigen: de la raza. Pero no por eso deja de ser un progreso "científico"... ¿Qué podría objetar el Señor Ministro? Pero Kierkegaard nos dice: "en el instante presente, en la decisión inmediata y tomada en nombre de lo Absoluto, no de una historia hipotética, es que se juega la salvación de tu ser. No hay, pues, pretexto que valga. O crees, o te rebelas." — Y veo que los únicos que resisten realmente son los que comulgan en la fe en que vivía el Danés.

Pero yo, que no soy de esta tierra, que no vivo aún bajo la amenaza directa, en la trágica inquisición de este régimen, puedo todavía —y debo, sin duda— meditar sobre el curso de la Historia. Preparación para las decisiones venideras.

Veo abrirse un abismo entre la juventud hitleriana, que va a salir de los campos de trabajo, y la juventud de las democracias. ¿Cuál de

las dos está retrasada con respecto a la "verdad" histórica? ¿Con respecto a la marcha "fatal" de las cosas?

¿Habrá que pensar que los regímenes totalitarios no son sino locuras pasajeras? ¿O bien serán lo que habrá de llamarse la *verdad política* de este tiempo, la que se impone ya a media Europa y que acabará mañana dominándola?

Si el régimen totalitario es el castigo que ha merecido Europa, si nada puede oponerse a su triunfo, más tarde o más temprano, no tendremos más remedio que estudiarlo lo más de cerca posible, con nuestros propios ojos y con una pasión fría. Pues en ello va el destino mismo de toda nuestra cultura. ¿Cómo salvar en lo más secreto de un régimen semejante los valores que nos son vitales? Para un cristiano, se trata aún de mucho más: de la forma que podría revestir la predicación del Evangelio, el testimonio de los fieles. El gran peligro sería ligar uno su fe a valores humanos caducados. Por eso la lucha en que está empeñada la cristiandad alemana bajo el signo de la cruz es para nosotros de un valor ejemplar: ¿hasta dónde se puede ceder a este César sin cederle nada de lo que es de Dios? Trágica revisión de valores, que nos obliga a acabar de despojar todas nuestras religiones de su elemento

humano. Los cristianos aburguesados necesitaban sin duda esta ordalía del fuego.

7 DE MARZO.

Al atravesar, ayer a medianoche, la plaza de la Opera, oí a unos vendedores de periódicos vocear un número extraordinario del periódico local del Partido: "¡Convocación del Reichstag para mañana!"

Las once de la mañana. Oigo la radio del piso de arriba, sin entender lo que dice. Debe ser el discurso del Führer. Nadie en la casa contesta ya a los timbres, y todas las puertas han sido cerradas con doble llave.

La una. El discurso acaba de terminar. Un canto: el *Deutschland über alles*. Puertas que se cierran de golpe en el piso. Pasos precipitados en la escalera. El hijo de la propietaria sale de la bodega gesticulando, con una botella en la mano, y sube de cuatro en cuatro silbando el *Horst Wessel Lied*. Conversación excitada en casa de los vecinos. Distingo la palabra "Frankreich" gritada varias veces. Comienzan a aparecer unas banderas en los balcones. ¿Qué habrá dicho el Führer?

Por la tarde. Los números extraordinarios anuncian la "liberación de la Rhenania". Liberar es

armar, en este país. Henos aquí retrotraídos al tiempo de los Francos y los Visigodos, en que la dignidad del hombre libre se atestiguaba con el derecho a llevar un arma en la guerra y a conservarla en el hogar en tiempo de paz.

La ciudad entera está empavesada. Cortejos de vestiduras pardas circulan por las calles cantando a grito pelado. No he visto los tropas; han pasado al amanecer, en dirección al Rhin.

—¿Será la guerra?, me ha preguntado el vendedor de periódicos del kiosco. —¿La guerra? ¡Santo Dios! ¿Porque llevan ustedes unos cuantos soldados a la frontera? ¡Los franceses no son tan insensatos!

Ha parecido quedarse completamente desconcertado.

9 DE MARZO

Diarios franceses. "¡Opondremos la fuerza del derecho al derecho de la fuerza!" Lo que significa: opondremos la retórica a los cañones. Era de cajón.

Sin embargo, aquí han tenido miedo. Una señora me telefonea, muy inquieta: "¡Apenas terminó el discurso, me precipité a la ventana para ver si no se veía ya asomar a los aviones franceses!"

Extraordinaria emotividad en este país para cuanto atañe a las armas y la guerra. No puedo menos de encontrar vagamente obscena la excitación de estas poblaciones "libertadas". Pienso que "freien" (libertar) significa también: casarse. La reocupación de la Rhenania es una especie de acto sexual, tanto por lo menos como un acto político. ¿Cómo explicar de otro modo esta euforia extraña que impregna el aire de la ciudad, la circulación de la muchedumbre, las miradas cruzadas, las palabras sueltas?

Están pegando a las columnas de anuncios unos enormes carteles rojos que dicen: "¡El Führer habla!" Es para pasado mañana, en la Festhalle. Las plazas aparecen ya plantadas de altos mástiles blancos. Unos equipos de obreros, del servicio de trabajo, instalan altavoces cada cien metros, entre los tilos de las avenidas.

El paso de los transeuntes se acelera. Las glándulas endocrinas segregan. Sería curioso medir el aumento del volumen de los negocios en una ciudad que espera a su amo.

NOCHE DEL 10 AL 11 DE MARZO.

El tambor de los S. S., dos golpes lentos, tres golpes seguidos, no ha cesado de redoblar ayer en

toda la ciudad. Son las tres de la mañana: me ha despertado su redoble cercano, y todavía lo oigo a lo lejos. Esta vez sabemos a qué atenernos. Es el gran tam-tam de la tribu puesto en movimiento. Hasta el sueño debe ser metido en cintura, y el inconsciente acompasado lúgubremente.

11 DE MARZO.

Una ceremonia sagrada. — Las tres de la tarde, en un café de los alrededores de la Opera. Digo a mi compañero, el dramaturgo suizo-alemán L.:

—¿Y usted, cree en el alma colectiva? ¿No será una fórmula grandilocuente para designar la *carencia* de alma personal de los individuos arrastrados por los movimientos mecánicos de una muchedumbre?

L. inclina la cabeza:

—Vaya usted a oír al Führer, y mañana volveremos a hablar. Pero, de ir, vaya usted en seguida, pues las puertas se abren a las cinco.

—Pero no está anunciado hasta las nueve, y tengo una tarjeta.

—¡Venga usted a echar una ojeada!

Desde el umbral del café se ve toda la plaza de la Opera. Millares de S. A. y de S. S. se encuentran en ella, alineados, inmóviles. El Füh-

rer saldrá al balcón a las once. De aquí a esa hora, estos hombres estarán sin moverse.

Me pierdo en laberintos de barreras establecidas hasta llegar a los alrededores de la Festhalle, —todo un pueblo acampa en torno de ella, desde el amanecer— y hasta las 5 y 10 no consigo franquear las puertas. ¿Cómo harán para ocupar en diez minutos 35.000 asientos? Me deslizo entre las filas compactas detrás de los bancos. Veré muy bien la tribuna, que se levanta en el centro del óvalo, semejante a una torre cuadrada, forrada de rojo y violentamente iluminada por los proyectores convergentes. Hasta la tercera galería se escalonan las masas pardas, de rostros casi indistintos. Inmenso redoble de tambor, interrumpido de tarde en tarde por una fanfarria de pífanos. La gente espera, y se apretuja cada vez más. Unas formaciones del frente del trabajo vienen a ocupar los corredores, con la azada al hombro. Los carteles anunciaban una convocatoria general del Partido en las 45 salas públicas de la ciudad, a la misma hora. Contando con lo que habrán volcado los trenes especiales desde la víspera en esta ciudad de 700.000 habitantes, y los autobuses, y el aflujo de los campesinos venidos a pie, habrá un millón, poco más o menos, de auditores inmediatos.

He venido con la idea de escuchar también a la muchedumbre. Me encuentro en medio de obreros, de mozos milicianos del servicio de trabajo, de muchachas, de mujeres pobremente vestidas. Apenas hablan. Se pasan unos gemelos, una salchicha. Se preguntan la hora. A veces un rumor de marejada llega por los ventanales abiertos; cien mil hombres baten los muros del edificio.

Algunas mujeres se desmayan; las transportan afuera, y ello deja un poco más de sitio para respirar. Las siete. Nadie se impacienta, *ni bromea*. Las ocho. Los dignatarios del Reich hacen su aparición, anunciados por los clamores del exterior. Goering, Blomberg, unos cuantos generales, saludados por *heil* jubilosos. El gobernador de la provincia ganguea unos cuantos lugares comunes, apenas escuchados. Estoy en pie, apretujado y sostenido por la muchedumbre, desde hace casi cuatro veces sesenta minutos. ¿Valdrá realmente la pena?

Pero he aquí un rumor de marea en creciente, y un clarinear de trompetas. Las lámparas de arco voltaico se apagan en la sala, mientras se encienden en la bóveda unas flechas luminosas, apuntadas hacia una puerta a la altura de las primeras galerías. Un golpe de proyector hace bro-

tar en el umbral a un hombrecito de traje pardo, la cabeza descubierta, en los labios una sonrisa extática. Cuarenta mil hombres, cuarenta mil brazos se han levantado de un solo golpe. El hombrecito avanza muy despacio, saludando con ademán lento, episcopal, en medio de un trueno ensordecedor de *heil* acompasados. (Pronto no oigo sino los gritos roncos de mis vecinos sobre un fondo de tempestad y de latidos sordos.) Paso a paso va avanzando, acogiendo el homenaje delirante, a lo largo de la pasarela que conduce a la tribuna. El recorrido dura seis minutos, y parece interminable. Nadie puede observar que tengo las manos metidas en los bolsillos: todos están de pie, muy erguidos, inmóviles y aullando a compás, con los ojos fijos en este punto luminoso, en este rostro de sonrisa extasiada, y las lágrimas corren por las mejillas, en la sombra.

Y, súbitamente, todo se calma. (Aunque la marea se hinche de nuevo en el exterior). El hombrecito ha extendido enérgicamente el brazo, —los ojos clavados en el cielo— y el *Horts Wessel Lied* sube sordamente de la muchedumbre. "Los camaradas asesinados por el Frente Rojo y la Reacción — caminan en espíritu con nosotros".

He comprendido.

Y ello sólo puede comprenderse por una especie particular de estremecimiento y de palpitación del corazón, mientras el espíritu permanece lúcido. Lo que experimento, en este instante, es sin duda lo que llaman *horror sagrado*.

Me creía en una reunión de masas, en una manifestación política. *¡Pero lo que esta gente celebra es su culto!* Y, ante mis ojos, se desarrolla una liturgia, la gran ceremonia sacra de una religión a la que no pertenezco, y que me aplasta y me rechaza con mucha más fuerza —una fuerza *hasta física*— que todos estos cuerpos horriblemente crispados.

Yo estoy solo, y ellos están todos juntos.

12 DE MARZO.

El diario de esta mañana dice:

"Cuando el Führer exclamó: ¡No me es posible vivir sino en el caso en que mi fe inquebrantable en el Pueblo alemán se vea sin cesar fortalecida por la fe y la confianza del Pueblo en mí!, un solo grito de las masas confesando su fidelidad le respondió".

Yo tampoco olvidaré ese "grito", ese clamor instantáneo de cuarenta mil seres humanos er-

guidos en un solo impulso. "Una era nueva comienza en este instante..."

No, no se trata de odio, sino de amor. Lo que he oído es el estertor de amor del alma de las masas, el estertor poderoso y sombrío de una nación poseída por el hombre de sonrisa extasiada: él, el puro y el sencillo, el amigo y el libertador invencible...

He enviado una reseña del discurso a unos amigos de Francia: copia de las notas de este diario. No he añadido sino lo siguiente, a manera de conclusión:

"¡Cristianos, volved a las catacumbas! Vuestra "religión" ha sido vencida, vuestras ceremonas modestas, vuestras asambleas reducidas, vuestros cantos lánguidos, todo ello será barrido. No os quedará más que la fe. Pero la verdadera lucha empieza ahí".

13-21 DE MARZO.

OCHO DÍAS EN PARÍS. — Extrema dificultad para hacer comprender aquí lo que está ocurriendo allí; yo mismo he necesitado varios meses para comprenderlo, y eso que estaba sobre el terreno. Posteriormente, me he asombrado de mi ceguera, como el iniciado que se acuerda de

sus vanos temores, de sus preguntas ingenuas, al pasar por las primeras pruebas. Ahora, en cambio, todo se ilumina y se concentra. Me doy cuenta de que coleccionaba observaciones de detalle e interpretaciones teóricas, verdaderas y verosímiles una a una, pero cuyo conjunto me dejaba una impresión bastante confusa. Capitalismo y socialismo, belicismo y pasividad, espíritu espartano y afición a las comodidades, juventud cínica y vejestorios reaccionarios, burgueses inquietos, adversarios cómplices. Y solamente mis amigos judíos me daban una interpretación del régimen asombrosamente conforme a los prejuicios franceses del tipo medio, como si no sintieran nada de lo que acontece en torno de ellos, como si no sintieran ese no sé qué en la atmósfera que hacía que todas las descripciones "objetivas" de nuestros periódicos parecieran, vistas desde aquí, describir un mundo ficticio, donde ningún alemán era capaz de reconocer ni sus sufrimientos secretos, ni su esperanza. "Tiene que haber una clave", escribía en ese momento. He encontrado la tal clave; pero, ¿cómo arreglármelas, ahora, para hacer sentir a los franceses lo que yo he sentido, lo que he *miterlebt*? (La palabra misma resulta intraducible). Las más poderosas realidades de la época son de orden afec-

tivo y religioso, y de todo lo que vienen a hablarme es de economía, de técnica política y de derecho. Cuando trato de evocar este discurso que me revelara "su" secreto, por poca pasión que ponga en ello, inmediatamente me veo tildado de hitleriano. Y es que los hombres de nuestro tiempo no creen en el juicio del espíritu sino tan sólo en el estremecimiento de las tripas. No se os ocurra describirles una matanza a tiro de ametralladora, pues seguramente que, lejos de indignarse, os pedirán más. Así, juzgándome por ellos, no se figuran un solo instante que, habiendo experimentado lo que he dicho, en tal grado de intensidad, no pueda gustarme a mí como ya está empezando a gustarle a ellos.

HITLER. — Me hacen preguntas sobre el Führer. Pero yo no soy su confidente. Y para eso tenéis a los periodistas...

Le he escuchado durante hora y media, y le he visto a la salida de su culto, de pie en su coche, que recorría muy despacio una calle angosta, mal iluminada. Una sola cadena de S. S. le separaba de la muchedumbre. Yo estaba en primera fila, a dos metros de él. Un buen tirador lo habría matado con toda facilidad. Pero ese buen tirador no ha aparecido nunca, en cien ocasio-

nes análogas. Esto es lo esencial de lo que sé sobre Hitler. Podéis, si os place, meditar en ello. Meditar, y hasta delirar.

No se tira sobre un hombre que no es nada y que lo es todo. No se tira sobre un burgués salido de la nada que es el sueño de sesenta millones de hombres. Se tira sobre un tirano, o sobre un rey, pero los fundadores de religiones están reservados a otras catástrofes. Ya sé que hay locos, accidentes del tráfico y errores de la historia. El Führer declaraba un día que no teme a los Ravaillac, porque su misión le protege. No hay más remedio que creer a un hombre que dice eso.

Sea un instrumento de la Providencia, como él afirma, o un azote de Dios (hay un cierto matiz de diferencia), su destino no depende ya de los hombres, ni siquiera del hombre Adolf Hitler. Con mayor razón, nuestra opinión sobre él debe ser absolutamente independiente de los méritos que tiene o deja de tener, de la simpatía o los odios que suscita (1). Y esto define a un genio, en el sentido demoníaco del término.

(1) Personalmente, yo le encontraría más bien simpático como individuo. Vosotros, por el contrario... Todo es cuestión de gustos.

El único rasgo que me llama la atención en él, si le considero como psicólogo, es la energía sobrehumana que despliega en cada discurso. Una energía de ese orden, se siente perfectamente que no es del individuo, e incluso que si se manifiesta como lo hace es precisamente porque el individuo no cuenta, no existe, por así decirlo, no es sino el soporte de una fuerza que escapa a nuestras psicologías. Lo que digo sería de un romanticismo de la peor especie si la obra realizada por este hombre —esto es, por aquella fuerza, a través de él — no fuera una realidad que provoca el estupor del siglo. La gente pregunta estúpidamente si es inteligente. Pero, ¿no comprendéis que un hombre inteligente, poco o mucho, si ello contara en él lo más mínimo, no serviría en absoluto para un semejante destino? Un genio no es ni loco ni necio, ni sensato ni inteligente. No se pertenece, no tiene cualidades propias, ni vicios ni virtudes, ni siquiera cuenta corriente en un banco, y apenas un estado civil. Es el lugar de paso de las fuerzas de la historia, el catalizador de estas fuerzas, que vemos ya levantarse ante nuestros ojos; y, una vez cumplida su misión, podéis perfectamente suprimirlo, sin por ello destruir nada de lo que se hizo por él.

Que se haya producido en estos tiempos ciegos a toda realidad no memorable el *hecho* que llamamos Hitler, es una atroz ironía maquinada por la Providencia: —"¡Oh, ¿con que no creéis ya en el misterio? Pues bien, yo traigo este hecho a vuestra historia; *explicadlo,* si creéis aún que ello puede bastar a poneros a cubierto de él." Pero los avisados están ya, todos ellos, haciendo cañones y refugios subterráneos. No es un modo de demostrar que tienen algo que defender, suponiendo que sea un modo de defenderse, lo que no es, ni mucho menos, cosa segura. ¿Diréis aún que admiro al Führer? Dejadme admirar más bien la convergencia providencial de su fuerza y de vuestros secretos deseos de "orden" a toda costa, aun a costa de lo humano... Suponiendo que estos creen aquella... Pero sería demasiado hermoso, en el género edificante. Nuestro destino no depende *solamente* de nuestras bajezas. Detengámonos en el umbral del misterio, pues a partir de él, el diablo sabe más que nosotros.

Habría podido decir todo esto más de prisa, pero se teme el no ser comprendido... Habría podido decir, por ejemplo, que esto define a Hitler: *sólo un profeta puede responderle.*

(Nota para algunos de mis contemporáneos: un profeta no es un adivino, ni un astrólogo, ni un previsor del porvenir, sino un hombre que pronuncia la Palabra absoluta, el Juicio intemporal que cae sobre un instante determinado de la historia y lo confronta con la justicia de Dios. No el porvenir, sino el eterno Presente, o la presencia del Eterno: he ahí lo que dicen los labios del profeta. Y este hombre, lo mismo que el otro, tampoco cuenta, pues ¿dónde estaría entonces su fuerza?

A fuerza de querer "explicar" el régimen hitleriano, advierto que me veo obligado, bien a pesar mío, a defenderlo, o a parecer que lo defiendo. Me dicen, por ejemplo: los nazis quieren la guerra. Yo contesto: no, la temen. Me dicen que son capitalistas y burgueses. Yo contesto: no; al contrario, vuelven la espalda a todo eso, hacia lo cual se lanzan desde hace poco vuestros comunistas stalinianos. Me dicen que, socialmente, no han hecho nada serio, y que su socialismo no es más que una fachada. Yo contesto: no; su "nacionalismo" (en el sentido burgués) es para ellos un medio de propaganda, un medio de atraerse a las derechas y de dar miedo al extranjero; pero el verdadero pensamiento del

régimen, su verdadera finalidad, es el socialismo de Estado más rígido que se haya podido soñar nunca; ni un solo burgués sobrevivirá a él. Me dicen también: la mayoría del pueblo alemán gime bajo la bota del tirano. Yo contesto: no; la oposición disminuye realmente de día en día; entre ellos, hay menos ira que aquí contra el régimen establecido; y, aunque hubiese la misma, sería casi insignificante en comparación del amor consagrado al Führer por la mayoría. ¡Qué queréis!, el señor Hitler convence mejor que el señor Sarraut.

No digo esto, como podría creerse, por prurito de imparcialidad. Un general que estudia el terreno de su batalla decisiva no es precisamente lo que se llama imparcial, pero, si es incapaz de estimar objetivamente las fuerzas en cuestión, haría mejor en dedicarse a la política. Ahora bien, los que, en Francia, hablan en pro o en contra de Hitler, en realidad hablan en pro o en contra de Blum, importándoles Hitler un ardite. A vosotros, desertores de la batalla económica, a vosotros, que exportáis vuestros capitales, el hombre que admiráis os mandaría cortar la cabeza: véase el texto de la ley; no soy yo quien lo inventa. Y vosotros, soñadores de una libertad social asegurada por el Estado proletario, sabed

que el hombre que odiáis está realizando vuestro sueño, y más hábilmente que Stalin; lejos de fusilaros, os daría un grado en su Frente del Trabajo, lo mismo que a vuestros camaradas... Pero en todas partes tropiezo con gentes que despliegan una energía tal para evitar el reproche de ingenuidad en el mundo o en los negocios, que, realmente, no se atrevería uno a pedirles un pequeño esfuerzo suplementario para que diferenciasen el Hitler de Alemania del Hitler de Monsieur Bailby. Están cansados de tener miedo. Un asomo de verdad los mataría.

ABRIL (DE VUELTA EN ALEMANIA).

JACOBINISMO Y HITLERISMO. — He hecho admitir como tema de mi curso de verano: la literatura de la Revolución francesa. Será curioso el mostrar a mis estudiantes que el nacional-socialismo es un jacobinismo alemán. (1)

¿Están los nazis contra el espíritu del 89? Sin duda. Pero es que, sin saberlo, están con el terror y con Robespierre. No con el Terror sanguinario y las ejecuciones espectaculares, pero sí con el control de los espíritus, la nivelación racionalista, la divinización de las masas y la supresión de las personas.

De los sans-culottes a los camisas pardas, el avance es sin embargo considerable: Robespierre no ha triunfado, no ha hecho sino asentar sus principios en lo abstracto. Se necesitaba el genio prusiano para organizar esta empresa, y para que diera dividendos. Pero la inspiración es la misma. El mismo espíritu centralizador; la misma obsesión de la unidad-bloque; la misma exaltación de la nación considerada como misionera de una idea; el mismo sentido de las fiestas simbólicas para la "educación" del espíritu; el mismo reto a los "individuos" y a todo "interés privado". Este paralelismo, o más bien esta identidad de actitud no atañe tan sólo a la política: en uno y otro caso, se es totalitario. La religión tiene que pasar por ello, como todo lo demás, y quizás antes que nada. Aquí como allí, las mismas tentativas de instauración de una "religiosidad" puramente nacional y cívica, y que se destina a reemplazar las antiguas confesiones religiosas, "envejecidas" y "olvidadas". Hay que crear "una religión de hombres sin Dios", decía Naigeon; "una fe concreta y patriótica", decía

(1) En un extranjero, se permiten semejantes audacias. Gran diferencia con el régimen ruso. Mi curso fué escuchado con un interés cortés, aunque asombrado, sin duda. (Nota de 1938).

el abate Gregoire. Es el "cristianismo positivo" del punto 24 de Hitler, la "devoción" de los *Deutsche Christen,* la "fe alemana" de Rosenberg. Se rechaza al Dios personal porque es el Dios de las personas, y se adora a un Dios cósmico, no revelado, no encarnado, que es el instinto sublime de la masa, el baño tibio en que se disuelve el yo, antaño pecador y responsable. Liquidemos a Dios, y conservemos el fanatismo: tal es la necesidad de toda Inquisición.

Precisamente, el *Orden Nuevo* de este mes me trae un notable estudio de Pierre Gardère sobre *la psicología del Jacobino;* la analogía de ambos movimientos totalitarios aparece ilustrada en él con ejemplos de una terrible precisión.

El prusiano Anacarzis Cloots diputado jacobino por la provincia del Oise, pasa por haber sido el inspirador de Robespierre. La Convención mandó editar uno de sus discursos, cuyo análisis nos da Gardère. Se trata de responder a la siguiente pregunta: *"Los espectáculos o su influencia en la educación pública, ¿pueden ser entregados a especuladores particulares o privados?"* No, contesta Cloots; aunque "la tolerancia sea un mal necesario en las condiciones actuales". Pues los espectáculos populares son un medio de disciplina cívica. Se trata de convertir el

pueblo entero de Francia en un bloque monolítico que reaccione de modo uniforme a las impulsiones del centro. Se puede, puesto que ya "el golpe eléctrico de la razón es tan inmediato de un extremo a otro de Francia". Y, ahora, cotejemos estas dos declaraciones:

"Identificándome con los grupos, con el foro, es como mi filosofía ha podido adquirir una consistencia inquebrantable... Estoy seguro de mí mismo desde que estoy seguro del pueblo". (Cloots).

"¡No me es posible vivir sino en el caso en que mi fe inquebrantable en el Pueblo alemán se vea sin cesar fortalecida por la fe y la confianza del Pueblo en mí!" (Hitler).

Negarse a meditar sobre estos dos textos, sobre su identidad vertiginosa, es colocarse fuera de toda posibilidad de comprender lo que hay, según dicen, de irreductible y de "específicamente germánico" en la religión nacional-socialista. Digo esto por los franceses que creen conocer "su" Revolución, o que lamentan que se haya visto traicionada antes de haber podido llevar a cabo sus promesas. ¿Qué podrían oponer a Rosemberg?

En honor de la fiesta del trabajo, el diario del Partido publica un fotograbado que ocupa toda su primera página. Un martillo y una rueda dentada se hierguen, enormes, sobre el cielo rojo. Debajo, una veintena de caras de obreros, desbordantes de salud y de contento. En el centro, la siguiente divisa:

Honor, paz y libertad en el mundo. Comunidad, igualdad y pan para el Pueblo.

No olvidemos, en nuestras democracias, que la gran mayoría del pueblo alemán *cree* esto, y vive en esta creencia. Y luego, pero luego solamente, traduzcamos cada uno de estos términos por la realidad que oculta. *Libertad* quiere decir rearme. *Paz* quiere decir Anschluss sin oposición por parte de Francia. *Honor* quiere decir desprecio de los tratados. Y lo que se desea al pueblo —y lo que le dan— es el derecho a alimentarse, aunque sea mal; a trabajar mucho, aunque por un salario escaso; y a no pensar más que el vecino, que es lo bastante prudente para no pensar demasiado. Programa comunista atenuado.

En el café, con mis estudiantes. Les pregunto sobre sus experiencias en el campo de trabajo. Hablan de ello con indolencia y hasta con ironía, pero sin rencor, exactamente como un joven francés habla de su época de cuartel. Yo esperaba provocar algunos juicios de principio sobre el valor de esta institución. Los conozco bastante, personalmente, para estar seguro de que, si no me han dicho nada, no es por temor o desconfianza, sino simplemente porque no tienen una opinión sobre el particular.

Esto me hace fijarme en un error que cometemos frecuentemente, los que consideramos Alemania o la U. R. S. S. desde afuera. Nos figuramos que todos los que viven en estos países profesan un sentimiento de odio o de aprobación entusiasta por el régimen que les ha sido impuesto. Pero la verdad es que la mayoría admiten el régimen con indiferencia; esto es: *no lo ponen ya en tela de juicio.* A tal punto, que pueden permitirse el "refunfuñar" contra tal o cual cosa, como hacían mis camaradas hace un momento, sin por eso considerarse lo más mínimo como contrarios.

Por mi parte, no puedo menos de admirar esa

facultad humana de aceptar los hechos, por artificiales, incómodos y hasta inhumanos que puedan ser. Aceptarlos, hasta el punto de olvidarlos.

Cuando el automóvil empezaba, ¿quién habría creído que veinte años después los hombres serían capaces de conducir aquellas máquinas pensando sabe Dios qué, en una perfecta libertad de espíritu? Las imposiciones totalitarias nos hipnotizan. Nos privan de toda libertad a la manera de una obsesión. A cada frase, arriesgo el accidente... ¿Qué sucederá cuando estos peligros no exciten ya más que nuestros reflejos? ¿Volveremos a encontrar una libertad nueva?

11 DE JUNIO.

La Iglesia confesional *(Bekenntniskirche)* agrupa en torno de una profesión de fe inspirada por Karl Barth y la teología dialéctica al conjunto de los cristianos luteranos y calvinistas que se niegan a dejar "meter en cintura" el Evangelio. Esta Iglesia organiza en diversas ciudades de Alemania, sucesivamente, "semanas evangélicas", durante las cuales millones de fieles vienen a escuchar a los jefes de su movimiento y a comulgar en la plegaria.

Esta noche, el pastor Niemöller hablará aquí a cinco mil oyentes reunidos en los dos templos mayores.

Comandante de submarino durante la guerra, Martin Niemöller pasa por héroe nacional. Su autobiografía es célebre: *Del submarino al púlpito.* Nos lo muestra en Kiel, en enero de 1919, rehusando a un superior el ir a entregar su navío a los ingleses. Después de lo cual abandona la armada y trabaja algún tiempo como criado en una granja. El pensamiento de servir a su pueblo caído no cesa de atormentarle, mientras siega o conduce el arado. Al fin, decide hacerse pastor. Apenas ingresado en la Universidad, tienen lugar el putsch de Kapp y la revolución en Rhenania. Se alista y combate contra los rojos en un cuerpo franco. Sobreviene la inflación. Su pensión de oficial no basta al mantenimiento de su mujer y de su hijo. Durante las vacaciones universitarias, trabaja, pues, como mozo de equipo en la estación de Münster, luego como contable. Finalmente, lo nombran vicario al servicio de la "Misión interior". Desde 1931, es pastor de un barrio berlinés. En este momento, lo veo salir de la sombra en que estaba sentado, al fondo del púlpito; colocando las dos manos sobre el barandal, mira fijamente al público. Hermoso rostro

enérgico y atormentado, estatura cenceña y muy derecha, vestida de negro.

Y esta certidumbre impresionante, al cabo de unos minutos de comenzado su discurso: he aquí a un hombre que habla en serio. Cada una de estas palabras, que recorta y pone bien de relieve, es un testimonio de la fe, —y puede llevarlo a la cárcel.

Me ha ocurrido el desear que los escritores de nuestras democracias se vieran sometidos durante algún tiempo a sanciones condicionales precisas, impuestas por un Estado fuerte y dueño de la opinión pública; cura que tendría por objeto el despertar en los escritores en cuestión el sentido de la responsabilidad que contraen al publicar. "Si el espíritu volviera a ser pasible de prisión, ello devolvería un poco de seriedad a los espíritus libres", escribía yo, hace dos años. No me atrevería a repetirlo, delante de Niemöller.

No se puede jugar con lo que es serio, esto es, no puede uno imaginarlo de antemano, ni desearlo realmente siquiera; por el contrario, se encuentra uno compelido a ello, quiéralo o no, a pesar suyo, y eso es justamente lo que es serio. El testimonio rendido a Dios cuando Dios quiere y los hombres lo vedan, ¡ah!, no es sin duda

un acto de elección del hombre, ni una escuela de energía, ni nada que halague al romanticismo del martirio, ni nada hermoso o heroico a los ojos de las muchedumbres. Es, por el contrario, una situación ante la cual el juicio humano se esquiva con una especie de vergüenza o de rebeldía. Pues el juicio humano no podría ver sino razones para callarse, para esperar aún, para cuidar sus oportunidades; o, lo que sería aún más cuerdo, si cabe: para abandonarse en manos de la Providencia... Pero he aquí que esta Providencia me abandonará, estará contra mí, si callo.

La propaganda nacional-socialista esparce el rumor de que la Iglesia confesional es el refugio de la oposición democrática y socialista. Y es posible que los jefes nazis lo crean realmente (1). (Igual que creen que encerrando a Nie-

(1) Niemöller, detenido en 1937, fué juzgado al cabo de varios meses de cárcel. Puesto en libertad por el tribunal, inmediatamente fué llevado de nuevo a un campo so pretexto de "protección de la nación". Las organizaciones antifascistas del extranjero, interviniendo públicamente en su favor, con un designio de propaganda política y humanitaria totalmente ajeno a su fe, han contribuído a agravar su situación, que aparece por el momento sin salida. En el último instante, me dicen que Niemöller ha sido declarado prisionero personal del Führer por diez años. (Nota de 1938).

möller van a vencer la resistencia de los cristianos; pues se figuran que el cristianismo es un partido). La verdad es mucho más trágica. La verdad es que el crecidísimo número de los fieles de esta Iglesia son "nacionales" convencidos, políticamente de acuerdo con Hitler. También se encuentran entre ellos muchos antiguos miembros del N. S. D. A. P. de antes del 33. El Partido no se lo agradece poco ni mucho. Al Partido no le gustan los cristianos. Están allí como el ojo de Caín en la tumba, —la tumba autárquica—. Poco a poco, se les ha hecho comprender que este régimen, al que servían lealmente, no podía contentarse con su celo, que se sentía celoso de su fe (1). Poco a poco, se les ha obligado a distinguir la Iglesia de la Nación. Bien a su pesar, en contra de su deseo, en contra de sus tradiciones más queridas, han tenido que decir que no al Estado. ¿Porque el Estado perjudicaba a la Libertad o a los "valores espirituales" de los liberales? No; la cosa era más seria. Dijeron que no porque el Estado pretendía modificar y limitar la predicación del Evangelio. No sé si todos habrán comprendido la profundidad de esta oposición, y su lógica implacable.

(1) Véase el Apéndice I.

Temo que algunos se figuren aún que es el resultado de los *abusos* de poder por parte de los jefes del régimen; cuando, en realidad, la lucha actual es tan sólo el primer enfrentamiento de la Iglesia cristiana con un sistema "total" a cuyos jefes no les cuesta trabajo probar que no es posible aceptar las leyes ni aceptar el espíritu que las inspira... Pues tal es la miseria de la época: *César no sabe ya gobernar sin usurpar los derechos de Dios.* Dar a Dios lo que es de Dios, recibe entonces el nombre de sabotaje, y ello conduce al campo de concentración.

Contemplo este gran auditorio, lleno de recogimiento. No habrá ningún *¡heil!* aullado cuando Niemöller acabe de hablar. Pero sí un *Amen* a media voz de la muchedumbre. No quiero buscar en torno mío las caras de los agentes de la Gestapo, que se sabe son numerosos. Nada impedirá que nos sintamos aquí hermanos en comunión con la Iglesia universal. Nada impedirá que en este lugar donde se declara la nada del hombre, haya vuelto Dios a encontrar a unos hombres.

21 DE JUNIO, POR LA NOCHE.

FIESTA DEL SOLSTICIO DE ESTÍO. — En la noche negra, sobre una llanura desigual, en la

que el pie tropieza, vamos en pos de muchedumbres silenciosas y apresuradas, hacia ese cuadrado de luz rodeado de estandartes. Tres mil "jefes" de las Juventudes y del Partido esperan, alineados en los cuatro costados, que se encienda a medianoche el fuego del centro. Las antorchas encendidas, llevadas por los de la primera línea, forman una especie de candilejas parpadeantes y rojizas a la altura de las camisas pardas o negras, y de las blusas blancas. Encima, sobre el fondo de la noche, ondula una pared de estandartes, pared de llamas, bajo la luz de los proyectores, cuyo haz luminoso se pierde en las alturas.

Nos hemos sentado sobre la hierba, junto a los abanderados de la Vieja Guardia del Partido, cuatro civiles avergonzados, a la altura de las botas. Detrás de nosotros, la llanura está vacía, recorrida de cuando en cuando por motores.

Una voz dura y gangosa se eleva de una tribuna que no vemos. (Yo he oído ya este discurso y lo resumo por adelantado para mis vecinos, Emmanuel Mounier y su mujer). Es el discurso clásico del *jefe local,* antología de "palabras" del Führer. Pero he aquí que anuncian un juego radiofónico.

Coro hablado: "Yacíamos en el lodo, atados a tierra y humillados..." Un redoblar de lúgubres tambores en sordina. "El Pueblo estaba dividido, extraviado..." Óyense estrépitos de guerra civil, gritos, tac-tac de ametralladoras, fragmentos de coros de condenados, rencorosos. Silencio sombrío. Luego, una voz clara se eleva: "Pero la vieja leyenda germánica nos anunciaba que el Liberador descendería de las montañas nevadas..." Músicas populares; en seguida, fanfarrias: "¡La vieja leyenda se ha convertido en realidad! ¡*Él* ha venido a despertar a su Pueblo!" Y unas voces militares describen ahora los fastos del nuevo Reich, la comunidad creada de nuevo, las fábricas trabajando a toda máquina, el ejército motorizado, la libertad reconquistada...

Este drama se halla visiblemente inspirado por la liturgia protestante, cuyo plan general sigue: Decálogo, confesión de los pecados, promesas de gracia, credo. Pero, en lugar de una Ley santa y cuyas exigencias llevan al arrepentimiento y la humildad, se nos habla de un odioso tratado, engendrador de rencor, de humillación. En lugar de la gracia, el héroe venido "de lo alto" trae a un pueblo el orgullo. Y los artículos del credo son sustituídos por la enume-

ración ortodoxa de las proezas del nuevo régimen. En este país, como en Rusia, es el aquí abajo el que tiene razón, el que muestra al fin de lo que es capaz.

¡Qué triste el *Horts Wessel Lied* cuando no resuena como un reto en las calles martilladas por las botas, o como un himno sacro al Führer bajo las bóvedas de una sala sonora, cuando sube y se pierde en una clara noche de estío, hacia el cielo vacío! Medianoche. Brota la llama de la enorme hoguera, iluminando las caras rojas, inmóviles. ¿Dónde está la alegría de los fuegos de la de San Juan, que saltan los mozos exhalando gritos agudos? (Este fuego es demasiado grande y, por otra parte, nadie abandona las filas).

Más tarde, los cantos de las escuadras de muchachas al alejarse hacia la ciudad con la muchedumbre nos recordarán la nostalgia dichosa de las wandervögel de otros tiempos. ¡Pobre Alemania!, torpe y envarada en un orgullo que tienen que enseñarle, que cree viril (lo mismo que esas botas altas, el colmo de la incomodidad cuando no se tiene caballo que montar) — todo cuanto amábamos en ella, he aquí que ella se empeña en castigarlo, con una sombría rabia vergonzante. ¿Para darnos miedo? No; para tranquilizarse con el miedo que se da a sí propia.

¿Al grito de *¡Alemania, despierta!* habrá Hitler hipnotizado realmente a su pueblo, actualmente presa de la pesadilla de la fuerza? ¿O bien será hoy cuando se nos muestra la verdad verdadera de esta nación; y, en ese caso, seríamos nosotros los que soñábamos cuando le encontrábamos tales encantos?...

30 DE JUNIO. PARTIDA.

Esta noche salimos de Alemania. Ayer, todavía cantábamos con los estudiantes, en una posada aldeana. Tirolesas, y canciones de la vieja Francia, cuyas estrofas ellos eran los únicos en saber en su total...

—¿Qué impresión se lleva usted de Alemania?, me preguntaban durante el camino de vuelta, mientras el día declinaba en el bosque.

—¿Qué impresión? ¡Ah, si pudiese guardar la de este anochecer, y sólo ésta, la última y la más antigua, todos mis recuerdos de Suabia, todo vuestro romanticismo! Pero vosotros tenéis otras cosas en que pensar... ¿Qué os podría decir? No me es posible amar aquello que os hiere. ¿Y tendré acaso derecho a criticarlo? Vosotros me decís que todo esto *tenía* que ser, y me lo demostráis hasta la evidencia... "Ustedes

tienen sus problemas, y nosotros los nuestros": os retrucaré esta frasecita con la que uno de vosotros hubo de acogerme.



Es fácil tener razón, de lejos, contra un pueblo al que no se *ve*. Pero, cara a cara, con un joven ruso, con un joven alemán, sentiréis, amigos jóvenes de Francia, la vanidad de tener solamente razón. ¡Ay!, jamás se tiene razón contra nada de lo malo que se hace en este mundo. Si existe, realmente, un realismo más o menos digno de tal nombre, es sin duda el que consiste en reconocer que todos somos responsables de todo; y que la cuestión importante no es el saber quién lo es más y quién menos, sino cómo vamos a arreglárnoslas para evitar ese mal en nuestro hogar, para prevenir esa desgracia. Si lo conseguimos, entonces tendremos derecho a responder, y a juzgar el esfuerzo patético del vecino. Vieja historia, olvidada de continuo.

Cuando veo a estos alemanes resignados, pero oscuramente satisfechos, me digo a veces: les gusta que los aporreen; en el fondo, tienen lo que merecen. Pero, ¡cuidado!: nosotros, los "demócratas", no podemos aún decir otro tan-

to... ¿Sabemos acaso lo que *nosotros* merecemos? ¿Sabemos lo que preparan nuestras luchas? Un poco de prudencia en el cinismo, nos diría Maquiavelo, el verdadero, que no es el que invocan nuestros realistas para justificar las estupideces de su especie.

Por mi parte, yo no estoy "contra" el fascismo de los alemanes: allá ellos, después de todo. Pero sí trato de saber lo que es, para reconocerlo, desde el momento mismo de su nacimiento, en otras partes, donde pueda incumbirnos, donde pueda depender de nuestro esfuerzo, y de nuestra lucidez. ¿De qué sirve el criticar la "religión" de los demás? Más vale creer con una fe más verdadera, y probarlo. Los falsos dioses hacen falsos milagros; pero los escépticos y los que se pasan de listos están destinados a tomarlos en serio. Solamente la fe nos libertará de las religiones nacidas del miedo de los hombres.

II

CONCLUSION 1938

Dos años han transcurrido desde que concluí este Diario. No creo que estos dos años hayan traído nada que pueda motivar retoque alguno a lo escrito. Hay, sin embargo, un punto que algunos acontecimientos se han encargado de aclararme aún más y sobre el cual nunca se insistirá lo bastante: la naturaleza religiosa del hitlerismo. La cosa no es ya un descubrimiento; todos los periódicos hablan ya de ello. Pero temo que se hable con un poco de precipitación, por imagen, de oídas, por encima. Y es preciso hablar de ello seriamente, dándole al asunto la importancia que tiene.



Hay de todo en el régimen, bueno y malo, decís. Por mi parte, tomando las cosas una a una, hasta encontraría más de bueno que de malo, por lo menos si consiguiera colocarme en las cercanías del punto de vista de un alemán, —y no ya de un fanático, ni siquiera de un nacionalista, sino simplemente de un alemán de sentido común y de buena fe.

Pero la cuestión es, justamente, que no se trata ya de tomar las cosas una a una, cuando se juzga un régimen totalitario. Se trata del principio único en nombre del cual se lleva a cabo la "totalización".

Este principio puede llamarse *Estatismo*, a condición de que se dé al nombre su sentido total. Es otra cosa que la dictadura. Es otra cosa que la tendencia burguesa a hacer sostener por el Estado los déficits de los particulares. El estatismo, en el sentido esencial del término, es la consideración sistemática, la realización sistemática de los sueños más o menos ingenuos que acarician en nuestros países bonachones los "nacionalistas" y *al mismo tiempo* los "socialistas".

Los nazis han comprendido que el socialismo económico no es más que la mitad de una doctrina: el Estado no será el dueño del dinero.

mientras no sea el dueño de los espíritus. Han aprendido la gran lección de la guerra: para *lograr* concentrar la economía, hace falta el apoyo de una mística, que paralice a los elementos de oposición. Todo "estatismo" (en el sentido atenuado del siglo XIX) está condenado en nuestros días a ser francamente totalitario; en caso contrario, es el fracaso seguro. Necesita la famosa confianza, y una confianza disciplinada, a toda prueba. Sólo la mística nacionalista podrá dársela. Así, el socialismo "nacionaliza" la economía; y el nacionalismo "socializa" el sentimiento patriótico. El uno no es *posible* ya sin el otro, en el estado actual de nuestra sociedad. Se puede no gustar ni del uno ni del otro, pero sería un poco estúpido el creer aún que se puede elegir, que sea interesante el elegir entre los fenómenos terciarios (fascismo) y los fenómenos secundarios (nacionalismo y socialismo) de una enfermedad tan vieja como Europa, y que es su P. G. política.

Así, el Estado se convierte en la expresión única (más aún que el sinónimo) de la nación, de la economía, de la cultura, de la raza, y de la sociedad. ¿Fórmula de opresión máxima? No cabe duda; tan no cabe duda que lo único que queda por hacer es preguntarse cómo, después

de todo, es posible; cómo a unos hombres, a millones de hombres, puede gustarles la cosa.

Yo lo he comprendido oyendo al Führer; el estremecimiento del horror sagrado me lo ha hecho comprender. Si no se ha *sentido* esto, mucho me temo que no se *comprenda* nunca la razón simplicísima de los triunfos totalitarios.

Evidentemente, siempre será posible invocar las leyes económicas, las fuerzas relativas de los partidos y las clases antes de 1933, las circunstancias políticas de Europa, el Tratado de Versalles, la descomposición de las izquierdas, el doble juego del gran capital sosteniendo a Hitler contra los marxistas y a Papen contra Hitler: todo ello está muy bien y suministra tema abundante, sobre el cual discurrir, a los marxistas y a los liberales. Leyéndoles, se concibe perfectamente cómo ha funcionado la máquina, y que era fatal que así fuera, y que es muy peligroso que así sea. Queda por saber el *porqué* de todo ello. Pues siempre nos hablan únicamente del *cómo*. Y las "explicaciones" que nos suministran se reducen, en definitiva, a una reconstrucción más o menos coherente de los fenómenos aparentes, esto es, a una descripción. Y como se trata de fenómenos tan complejos, no cuesta trabajo el poner de acuerdo esta descrip-

ción con la doctrina que se nos antoje; basta con escoger los ejemplos. Pero lo que siempre se deja escapar, es el principio de actualización de los fenómenos; la gracia eficaz, me atrevería a decir. Las cosas han tomado tal rumbo; y en seguida nos explican, en nombre de una doctrina convenientemente readaptada, que no podían realmente tomar otro rumbo ni dar otro resultado. He ahí la razón de que vuestra hija sea muda. Los mismos teoricistas, en 1932, os demostraban, "El Capital" en mano, que la situación alemana nos llevaba derechos al comunismo. Lo que me asusta, es su flexibilidad en el error. Ha bastado una modificación tan pequeña para "explicar", con ayuda de los mismos esquemas, que se haya producido precisamente lo contrario... Ultima defensa del capitalismo, recitan sin cansarse los marxistas. Histerismo colectivo, dicen los racionalistas. Tiranía, aseguran los demócratas. Otras tantas palabras vacías, otras tantas mentiras para los fieles del culto alemán. Una vez más: todo esto es cuestión exclusivamente de religión.

No es para defender al capitalismo por lo que los mineros del Sarre votaron su reingreso en el III Reich. No es hablando de histerismo como se puede comprender el fenómeno fundamental

de la reconstrucción de una comunidad en torno de un sentimiento "sagrado". Y no es el anhelo de una tiranía, en el sentido político y legal, lo que ha arrojado a Austria en brazos del Führer. No; es la atracción apasionada que ejerce una religión naciente, por inferior que sea, sobre las masas descompuestas por siglos de individualismo.

En una sociedad donde todos los vínculos originales han sido disueltos; donde las religiones no se muestran ya al pueblo ni a las minorías selectas sino bajo el aspecto de supervivencias sociales; donde las clases engendradas por el desarrollo económico definen abstractamente masas inorgánicas, cuyos individuos no tienen en común más que el dinero o la falta de dinero; donde los partidos se multiplican y desgarran entre sí al azar de un juego político de superficie; donde las minorías selectas hablan un lenguaje que las masas son capaces de oír, pero no de comprender (afortunadamente, muchas veces); donde el Estado se convierte en el único representante del bien común, pero sin manifestarse más que por los padrones de contribución, el ejército y la policía; donde todo principio de unión social y espiritual, toda *medida común* ha desaparecido, — en una sociedad se-

mejante es fatal que se difunda entre las masas y se instale en el corazón de cada individuo un sentimiento de angustia, que a su vez engendra una aspiración.

A esta formidable aspiración de los pueblos hacia un principio de unión, hacia una *religión* por consiguiente, es a lo que han sabido contestar los dictadores. Todo el resto es literatura, parlería de teoricistas, o, lo que es peor, de "realistas".

Recientemente, he recibido una carta de Alemania que resume bastante cabalmente todo esto. El que me la escribe es un joven nacionalsocialista que, habiendo leído por casualidad uno de mis libros, intenta refutar las críticas que en él se hacen con respecto al régimen hitleriano. Para empezar, explica que este régimen ha nacido de la miseria y el sufrimiento de su país, —lo que es muy justo, por otra parte. Y añade:

"Pero la miseria y el sufrimiento no pueden explicar sino los fenómenos exteriores. La razón profunda de un movimiento como el nuestro es de orden irracional. Queríamos creer en algo, queríamos vivir para algo. Nos hemos sentido llenos de gratitud hacia aquél que nos

traía esa posibilidad de creer. El cristianismo, probablemente por culpa de sus ministros, no satisfacía ya desde hacía largo tiempo la necesidad de creer de la mayoría del pueblo. Queremos creer en la misión del pueblo alemán. Queremos creer en la inmortalidad del pueblo (árbol del que tan sólo somos las hojas, cada generación renovadas), y quizás lo conseguiremos."

Ruina de las creencias comunes, carencia del cristianismo, aspiración irracional a nuevas razones de vivir, voluntad angustiada de creer en la primera que se presente —aunque sea tan inverosímil como la "inmortalidad" de un pueblo—: no se puede expresar de modo más preciso y sumario la naturaleza esencialmente *religiosa* del fenómeno totalitario alemán.

Midamos ahora la ingenuidad de los "realistas" a los que con frecuencia oímos decir: No *todo* de lo que allá se hace está mal. Hay muchas cosas que imitar." No cabe duda que Hitler ha restablecido el orden en la calle. Hace reinar la paz social. En el 33 había seis millones de parados, mientras en el 38 faltan brazos. La dignidad de la nación se ha restablecido. La autonomía ha sido recobrada. ("Y henos aquí

salvados del comunismo"). Así es como muchas gentes excelentes creen encontrar un terreno de conciliación con los dictadores que condenan en principio. Así es como aportan su pequeña contribución, absolutamente benévola, al esfuerzo de la propaganda totalitaria en nuestros países. Lo hacen sin malicia, y en nombre del sentido común. Me recuerdan aquella buena viejecita que llevaba piadosamente su hacecillo de leña a la hoguera en que iban a quemar a Juan Huss, viendo lo cual hubo de decir el mártir: O *sancta simplicitas!*

Sí, realmente, hace falta una santa simplicidad para creer todavía que se puede *separar* tal o cual medida adoptada por el régimen para admirarla aisladamente, o para intentar imitarla. Linda ironía sobre el liberalismo impenitente, esta manera liberal de "hacer justicia" al totalitarismo. ¡Como si la palabra *totalitario* no significare, precisamente, que *todo está junto* y se corresponde en este régimen, que no puede separarse ninguna parte so pena de perder todo sentido! ¿Se figuran que el orden social que tanto admiran en Alemania puede ser obtenido a bajo coste, por métodos más o menos "hábiles", o "racionales", o "políticos"? ¿No se ve acaso con toda claridad que ese orden es simple-

mente la supresión brutal y militar de toda expresión libre de los antagonismos que, entre nosotros, son todavía la realidad misma de lo social? ¿Que la paz es obtenida mediante el aplastamiento de los débiles? ¿Que la unanimidad de los obreros es el resultado de haber metido en cintura a los sindicatos? ¿Que todo ello ha sido posible merced a una complicidad casi universal e inconsciente, incluso por parte de los adversarios? ¿Que esa misma complicidad proviene de una angustia religiosa más poderosa que todas las "razones", que todos los "intereses" del mundo? Y, finalmente, ¿que lo que importa al dictador no es tal o cual medida en sí, sino, antes al contrario, el sentido que adquiere en relación con el movimiento total, con la religión del país, y con el contenido de esta religión, la voluntad colectiva de dominio?

Ante esta voluntad religiosa, todas las resistencias han cedido. La internacional obrera se ha derrumbado sin hacer uso de sus armas. El capital va por buen camino de estatización sin dolor. Idealismo y realismo han hecho bancarrota. El único adversario del régimen continúa siendo, de hecho, la Iglesia cristiana. Esto es: a la religión de la Nación y de la Raza no se opone ya más que la fe propiamente dicha: contraprueba del diagnóstico que se acaba de esbozar.



En Berlín, los medios que se dicen bien informados profetizan la caída del régimen para el mes siguiente, desde hace cinco años. Pero cada mes trae consigo, con toda regularidad, un acrecentamiento concreto de los poderes del Führer, una consolidación de su prestigio. No se ve razón alguna para que Hitler caiga. Pero tampoco se ven muchas razones para dudar que su régimen no acabe llevándonos a la guerra.

No es que los jefes o las tropas quieran la guerra. ¡En modo alguno! Los hombres no son tan perversos, ni aun tan estúpidos. Pero lo que hay que tener en cuenta es que jamás *la voluntad de los hombres ha pesado tan poco como en los regímenes totalitarios.* No es el Jefe el que manda, ni son los deseos conscientes y declarados los que predominan. Lo que manda, lo que predomina, lo que ordena y dirige es *el mecanismo de la dictadura totalitaria,* es la *estructura* del régimen.

Ahora bien, la estructura del Estado totalitario —sea cual fuere su doctrina— es el estado de guerra. Todo lo que allí se hace, se hace

en nombre de la unión sagrada, moral de guerra; y todas las medidas de opresión son "jubilosamente aceptadas" a poco que la unión sagrada las justifique. Tienen cañones, pero no mantequilla, dicen en Francia con aire malicioso. Olvidan que la frase es del mismo Goering. "O mantequilla o cañones", es una divisa de la propaganda nazi, que no deja nunca de desencadenar el entusiasmo de las muchedumbres alemanas... por los cañones, naturalmente. Estas muchedumbres podrán quizás hallarse compuestas de pacifistas. Ello no tiene la menor importancia. Pues lo que cuenta, es la Nación, y no los individuos. Ahora bien, la Nación, de hecho, es el Estado. Y este Estado ha nacido de la guerra; prepara para ella, por el simple hecho de que sus condiciones de existencia son las de una movilización; cuenta, en cada instante, con la eventualidad de una guerra, y de ella deriva su fuerza de cohesión. Sea, pues, la que fuere la voluntad consciente y declarada del Führer y del pueblo, no hay razón para pensar que la aventura pueda acabar bien.

Todo se reduce, pues, para nosotros, a un problema de fuerza. Pero no de fuerza para "ganar" la guerra: pues toda guerra con los Estados totalitarios es una guerra perdida, sea cual fue-

re su término, para las naciones democráticas. De una guerra total, tal como nos la impondría Alemania, no puede salir más que un estado totalitario. Se trata, pues, de impedir esa guerra, de mostrarse lo bastante fuertes para impedirla, y de condenar así al régimen contrario a una *autodestrucción de sus energías belicosas.*

Ahora bien, mostrarse fuerte, no es armarse hasta los dientes. Reaccionar contra el peligro totalitario con planes de "rearme", es introducir entre nosotros el Caballo de Troya. Pues para armarse al igual del adversario, habría que imponer al país una disciplina equivalente a la que rige a los alemanes. Suponiendo que se consiguiera, todavía nos encontraríamos en situación de inferioridad; pues, de dos grandes países igualmente superarmados, el que dispone de la mística más fuerte es el que acaba, fatalmente, por triunfar. Y, armándose *al igual* del Estado totalitario, el Estado democrático perdería sus mejores fuerzas morales: su "mística" de la libertad.

La única solución *práctica* está en un vasto esfuerzo *moral* de las grandes y las pequeñas democracias para resolver a su propia manera el problema *religioso* (más que social) que han resuelto, mejor o peor, los dictadores.

Rehacer una común medida viva. Restaurar el sentido cívico en decadencia. Recuperar una fe que no sea esa voluntad anhelosa de creer en la Nación...

El único problema práctico, serio, urgente y realmente fundamental, es el que nos formula la angustia de los individuos *aislados,* y el llamamiento religioso que engendra esa angustia, — por inconsciente que aun sea.

Toda la cuestión está en saber si sabremos aprovechar para resolverlo el plazo que aún nos conceden una situación material soportable y algunos restos de tradiciones cívicas.

(Verano de 1938).

APENDICES

APENDICE I

INSTRUCCIONES ESPIRITUALES DADAS A LOS ESTUDIANTES HITLERIANOS

(Extracto de una carta de un estudiante alemán)

"He sido convocado por mi corporación a un campo de instrucción de dos semanas organizado en X. por la N. S. D. St. B. (1), del... al... Los cursos no empezaron hasta el segundo día, con una conferencia de G., encargado de la instrucción de la provincia. Tema: "Nuestra sangre, nuestra concepción del mundo". Comenzó recordando las presuposiciones de las cuales es necesario que los participantes tengan una noción clara. Se expresó como sigue, —tomé taquigráficamente los pasajes más salientes.

"Importa distinguir entre las miembros del

(1) Asociación de los estudiantes nacional-socialistas.

partido y los nacional-socialistas o portadores de nuestra concepción del mundo... El Führer declaró efectivamente en la jornada del Partido de 1935: "El nacional-socialismo es una concepción del mundo". Esta concepción del mundo se halla expuesta en *El Mito del siglo XX,* de Rosemberg... En los campos de la N. S. D. St. B. se trata de forjar una tropa de asalto para Rosemberg, con vistas a la lucha que se iniciará sin duda el invierno próximo, lucha por el alma alemana en el espíritu y según la voluntad del Führer... El Führer, durante una sesión especial, que no duró menos de siete horas, encargó al camarada Derichsweiler, jefe de imperio de la N. S. D. St. B., que hiciera de esta organización una tropa de choque cultural *(einen weltanschaulichen Stosstrupp)*.

"La concepción cristiana y la marxista son una y otra liberales, puesto que individualistas... La devoción germánica no es sino una actitud de profundo respeto ante las leyes de la Armonía y la Belleza... Los hombres que no tienen nuestra fe, o no pueden tenerla a causa de su inferioridad racial, deben ser rechazados, lo que se produce en gran parte gracias a las medidas de esterilización... La concepción nacional-socialista no está destinada más que a la raza germánica, y no a todas las razas, como el cristianismo...

"El punto 24 del programa del Partido habla tan sólo de "religiosidad positiva". Unicamente porque la religiosidad corriente en este país era el cristianismo, y para mayor claridad, es que se ha utilizado el término de "cristianismo positivo".

"La formación político-cultural consiste en adquirir conciencia del alma racial inconsciente y dormida... Habrá que llegar a una lucha abierta con las diversas confesiones; pero no a una lucha por la violencia, pues las confesiones morirán por sí mismas, de todas maneras... No son las cien formas diversas del cristianismo lo que rechazamos, sino el cristianismo en sí... Todos los miembros de las diversas confesiones son en mayor o menor escala, traficantes de divisas y traidores al pueblo... Hasta los cristianos que desean lealmente servir al pueblo —y los hay— deben ser combatidos, pues su error es perjudicial a la comunidad popular, y antinatural, puesto que es de origen racial extranjero. Lo que es preciso atacar en el cristianismo: los obscenos cuentos judíos, el dogma del pecado original (nacido de la voluntad de dominación mundial de los judíos); el dualismo del alma y

del cuerpo, de origen judío; la negación de la vida; la inmoralidad del amor al prójimo sin una selección previa; el internacionalismo, etc."

De todas maneras, el orador se esfuerza en ser objetivo. Lo esencial es que afirma sin cesar que no es una opinión personal lo que expone, sino la posición oficial del Partido y del Führer."

A raíz de este discurso, el estudiante y dos de sus camaradas fueron a hablar con el jefe del campo y solicitaron la autorización de retirarse, alegando el ser cristianos. Sigue el relato de varias entrevistas prolongadas con los responsables, que tratan de convencerles, no de la *verdad* intrínseca de su punto de vista, sino de su *ortodoxia* nacional-socialista. Insisten sobre todo en el hecho de que Hitler sostiene a Rosemberg sin reservas. Hacen notar además que el punto 24 del programa no es una hipocresía, como pretendía el estudiante, sino que demuestra una gran sabiduría: "A veces no se puede decir la verdad a un enfermo grave, por temor de quitarle su última voluntad de vivir. El pueblo no está todavía maduro para el nuevo concepto del mundo, y una guerra de religión le sería fatal".

Finalmente, el Jefe de los estudiantes del Reich llega al campo. Declara que "se acerca el momento en que muchos camaradas del Partido, que habían creído estar llevando a cabo un combate puramente político, se sentirán desilusionados. ¡Tendrán que decidirse! Ciertos círculos protestantes, añade con una sonrisa, parecen no haber advertido aún la naturaleza esencial de la oposición entre el nacional-socialismo y el cristianismo... Evidentemente, hace alusión a los *Deutsche Christen*". Por último, los estudiantes recalcitrantes son autorizados a abandonar el campo.

Poco después han tenido que emigrar para escapar a la prisión o a la muerte.

APENDICE II (1)

PLEBISCITO Y DEMOCRACIA

(A propósito de las "elecciones" al Reichstag, 29 de marzo de 1936)

1. — *En qué difiere el prebiscito de las elecciones parlamentarias.*

Para la mentalidad francesa actual, las recientes "elecciones" nacional-socialistas tienen lógicamente que parecer, sea una monumental falsificación, sea una manifestación de fuerza, cuando menos superflua. Las "elecciones" al Reichstag, a raíz del 7 de marzo, no consistían en manera alguna en un concurso libre de grupos u opiniones: solamente un partido presentaba candidatos, y tan sólo el ministro del Interior tenía derecho a nombrar definitivamente a los diputados. El voto equivalía, pues, a decir sí o no a la política nacional-socialista, esto es, al Führer en persona. En realidad, no se trataba de elecciones, en el sentido parlamentario, sino de plebiscito. No se trataba de dosificar las opiniones, sino, por el contrario, de obtener la *unanimidad* de la nación con respecto a una cuestión vital. La "lucha electoral" se reducía, por consiguiente, a la lucha del partido en el poder contra la oposición secreta, informulada, de los enemigos del régimen, y contra la inercia de los ciudadanos y ciudadanas que hubiesen descuidado el hacer uso de su derecho al voto. Esto sentado, la técnica de la propaganda y del voto mismo estaba ya indicada por la naturaleza de la finalidad perseguida, y huelga toda fútil discusión sobre este punto, aunque algunos miembros del partido N. S. reconozcan que se ha ido "un poco fuerte" en la aplicación de los medios de compulsión legal, sobre todo en las pequeñas localidades (voto en masa, en cortejo con boletines abiertos, etc., privando realmente a los contrincantes de toda facultad de decir que no). Como la finalidad era la unanimidad, y no la mayoría, y esta mayoría no existía aún, no

(1) Los dos artículos que siguen fueron escritos en la misma época que este Diario, para la revista *Ordre Nouveau*. Desenvuelven opiniones que se encuentran implícitas en mis notas.

había más remedio que *crear* de grado o por fuerza las condiciones que la hicieran posible. Se puede contestar la legitimidad del objetivo perseguido, pero, una vez admitida, fuerza es convenir que "justificaba" los medios puestos en obra.

2. — *Plebiscito y democracia.*

Ahora bien, esta operación antiparlamentaria ha sido presentada al pueblo alemán, después del 7 de marzo, como un acto democrático.

El Führer, en varios de sus discursos, ha insistido largamente en este punto. Las democracias del Oeste, venía a decir en substancia, no son en realidad sino oligarquías. El pueblo se encuentra privado en ellas de la facultad de resolver las cuestiones realmente importantes. Entre él y el Gobierno, hay toda una casta de políticos de oficio que, una vez elegidos para varios años, no siempre tienen en cuenta la verdadera voluntad de la nación... "En cuanto a mí, añadía, por tercera vez en el espacio de tres años, acudo a vosotros todos. Nada puedo sin vuestra aprobación, sin vuestra confianza. Yo no soy un usurpador, ni un dictador, sino el portavoz de una

voluntad nacional a la que siempre obedeceré ciegamente. ¡He aquí lo que yo llamo verdadera democracia!"

A lo cual pueden contestar las "democracias del Oeste", sin tener que buscar muy lejos: si no estuvieseis seguro de antemano del resultado de vuestro plebiscito, sabríais perfectamente gobernar sin recurrir a esa "voluntad" organizada, y que ha empezado por seguir ciegamente vuestras órdenes antes de que se os ocurriere la idea de pedirle las suyas.

Pero el Führer ha previsto la objeción y la refuta de antemano con un sentido demagógico incomparable. "Antes de apelar a la opinión, dice, es preciso que esta opinión exista. Y ¿cómo queréis crear una opinión cuando hay cuarenta y seis partidos que solicitan vuestros sufragios? Ya es difícil hacer comprender el programa de un solo partido a los electores. Pero es superior a las fuerzas humanas el hacer comprender a todo ciudadano cuarenta y seis programas distintos, exigiéndole que elija entre ellos con conocimiento de causa. Por eso la verdadera democracia no es posible sino allí donde la opinión ha sido formada y disciplinada por un solo partido dirigido por un solo hombre." (Se pueden encontrar los textos exactos en varios dis-

cursos de Hitler impresos y traducidos al francés).

No puedo ponerme en la piel de un elector alemán que oye este lenguaje. Es posible que se vea embarazado un instante por el sofisma que asimila "verdadera democracia" y gobierno de uno solo apoyado en una opinión que se ha creado a su favor por los medios que ya sabemos. Pero es probable que este elector sea mucho más sensible a la denuncia del sofisma contrario, ya que lo ha sufrido durante los años de inflación y de paro forzoso; y me refiero al sofisma de los regímenes parlamentarios que llaman "democracia" al gobierno del país por diputados entregados a todas las intrigas de las fuerzas ocultas.

En realidad, la "democracia" hitleriana y la "democracia" parlamentaria francesa son dos traiciones de la verdadera democracia, si es que definimos a ésta como el gobierno del pueblo por el pueblo. Este régimen ideal, la democracia pura, no ha podido nunca ejercerse sino en una escala reducida: la de ciertos pequeños cantones suizos, donde los negocios públicos son discutidos por la asamblea plenaria de los electores *(Landsgemeinde)*. Pero una tal democracia, la única real, deja de ser posible en cuanto el número de los electores rebasa la decena de millar. Entonces, la "delegación de poderes" se impone, por razones de orden práctico, y no queda más que un solo medio de controlarla "democráticamente", y es el *referendum*, esto es, el veto o la confirmación como consecuencia de un voto general, pedido por un grupo de ciudadanos, de una ley o proyecto de ley.

Allí donde el *referendum* no existe, como en Francia, no se podría hablar sin sofisma de democracia: los poderes delegados escapan a todo control, y se pierden. Pero allí donde el *referendum* no puede ser provocado más que por el gobierno, como en Alemania, no se podría hablar sin sofisma de un control del poder por el pueblo: es el poder el que se confirma a sí propio, y el que convence al pueblo a que abdique.

3. — *Necesidad del plebiscito.*

El plebiscito es, pues, un *referendum* controlado, —de hecho: un *referendum* falsificado. Puede parecer políticamente necesario en dos casos:

1º Cuando se trata de dar un aspecto legal a la toma de posesión del poder por un solo hom-

bre. (Plebiscitos sobre los nombres de Bonaparte, de Luis-Napoleón y de Napoleón III.).

2º Cuando se trata de reforzar el prestigio de un régimen creando la unanimidad nacional sobre un acto político definido y aislado, acto que por otra parte tiene todas las probabilidades de ser generalmente aprobado, incluso por los adversarios del régimen. (Los tres plebiscitos hitlerianos).

En ambos casos trátase, pues, de una medida de excepción, o de crisis, que exigiera la organización de una propaganda de marcas dirigida por el Estado. Y aquí es de formular la famosa pregunta de Voltaire: ¿Hasta qué punto se tiene derecho a engañar al pueblo, aunque sea por su bien?...

Se ve con toda claridad por qué el estado nacional-socialista no puede aplicar el sistema de referendum, y tiene que limitarse al plebiscito, a pesar de sus recientes pretensiones a la "verdadera democracia". El problema alemán fundamental hoy día es el constituir una *nación unitaria,* centralizada, una sólida base mística y estática para las conquistas futuras, militares o pacíficas. En el sistema del Estado-Nación, todo referendum tiene necesariamente que venir a parar, de manera abierta o velada, en un plebiscito. De otro modo, sería la ruina rápida del estatismo centralizador. (Desde hace tiempo se ha observado que el referendum suizo se ha dirigido generalmente *contra* el Estado. Es decir, que la mayor parte de las leyes propuestas por el Estado y sometidas al referendum son *ipso facto* rechazadas por la mayoría de los ciudadanos).

La necesidad del plebiscito se confunde, pues, con la del Estado-nación, esto es, del "fascismo". Y mientras se admita la necesidad del Estado-nación, toda tentativa para instaurar el referendum, la "consulta popular", será en realidad una tentativa de plebiscito, y por consiguiente una negación de la verdadera democracia. (Una vez más: el referendum no es posible en Suiza, no es "democrático" sino en la medida en que el *federalismo* suizo subsiste, y donde el Estado centralizado no tiene sino poderes limitados y no "hace" la opinión pública).

4. — *Francia ha pasado de la edad de los plebiscitos.*

Para un país que ha hecho su unidad desde hace siglos, y que quizás hasta ha ido demasiado lejos en este sentido; para un país que ha hecho la Revolución del 89, es decir, que ha adquiri-

do la conciencia de su realidad nacional desde pronto hará ciento cincuenta años; para un país, en suma, cuya misión ha sido siempre libertadora —o, cuando menos, afirmada como tal—, la tentación plebiscitaria, que es la tentación fascista, no tiene ya sentido histórico ni espiritual.

Importa insistir en esta conclusión, cada vez que critiquemos el sistema en apariencia diametralmente opuesto de las elecciones partidistas. Si somos antiparlamentarios, no toleraremos que una pereza de espíritu vecina de la mala fe nos asimile casi a un "fascismo" contra el cual toda la doctrina y la actitud personalistas se levantan en una oposición irreductible, esencial. *El Estado-nación, he ahí el enemigo;* y poco nos importa que sea un pseudo-fascismo de derecha o un pseudo-democratismo de izquierda el que intente establecerlo en Francia, con el apoyo de las Forges o con el apoyo de Moscú: frente a la misión personalista de Francia, estas dos tentativas no serán nunca otra cosa que traiciones gemelas.

Somos opuestos a la centralización, al estatismo, al nacionalismo estatizado, a toda suerte de fascismo imitado de Mussolini, de Hitler o de Stalin, pero también a toda suerte de fascismo

"a la francesa". Pues somos partidarios del federalismo comunalista, del ejercicio de la autoridad *sobre la marcha,* por hombres responsables y que saben lo que se hace, en un marco a la medida del hombre, partidarios de la única verdadera "democracia", diríamos de buena gana, si la palabra no encubriese hoy día las más flagrantes traiciones a la misma.

APENDICE III

LOS JACOBINOS DE CAMISA PARDA

Al francés que se asombra y se alarma, o se indigna de ciertos giros que toma el nacional-socialismo, no es raro que un miembro del partido de Hitler replique: "¡No tenéis derecho a criticar lo que hacemos aquí! Condenáis nuestro centralismo, nuestro nacionalismo, nuestra pasión unitaria, nuestra elocuencia demagógica, y no véis siquiera que todo ello, entre vosotros, existe lo mismo, y hasta quizás en más alto grado, desde los tiempos de vuestra Revolución. Tratad, pues, de comprender, una vez por todas, que Alemania no ha tenido una Revolución como la francesa, y que a toda costa tiene que compensar este retraso. Vosotros, los franceses, tenéis una conciencia nacional unitaria que nos ha faltado siempre. Todos vuestros manuales y todos vuestros historiadores alaban las ventajas

de esta unidad. Que se ha integrado a vuestras costumbres, al punto que ni siquiera os dais cuenta de ella. Pero clamáis contra el nacionalismo, esto es, contra la soberbia imperialista (tal me figuro al menos) en cuanto un pueblo vecino, sea Italia o Alemania, intenta hacer lo que vosotros hicisteis, y de lo que parecéis estar tan orgullosos."

Empezaré por apuntar que estas palabras me han sido dirigidas espontáneamente por personas muy favorables a Hitler, pero que conservaban su sentido crítico. No se trata de "Schlagworte" o consignas de la Propaganda. Hay, pues, alguna probabilidad de que expresen la realidad tal como ésta es, y no tal como decretan que sea.



¿En qué situación histórica encontró el centralismo nazi su inmediata y aparente "necesidad"? El hitlerismo nace en Baviera, en plena efervescencia separatista, allá por los alrededores del 1922. En ese momento, los grandes peligros que amenazan a Alemania parecen de orden político: de una parte, la dislocación en pequeños Estados autónomos, algunos de ellos en peligro de verse arrastrados a órbitas de influencia extran-

jera (la Baviera católica gravitando hacia Austria, los estados rhenanos hacia Francia); de otra parte, la presión de los Aliados, que sostienen más o menos abiertamente el separatismo, se llevan el oro alemán y se preparan a ocupar la Rhenania; es, por último, el reinado en Berlín de tarifas políticas, marxistas, democráticas o reaccionarias, que anteponen los intereses de partido y aún los personales a los intereses de la nación y a su "honor".

Esta situación dicta a Hitler las líneas generales de una acción de urgencia.

1º *Lucha contra el separatismo.* — Hay el precedente de los "cuerpos francos" que hicieron frente a las primeras amenazas de sovietización federalista de Alemania, reprimiendo las revueltas de Münster, Magdeburgo y Münich. Ahora, es preciso dar a toda Alemania un ideal común, odios comunes, y fundar para ello un partido unitario, que se apoyará en una mística renovada del Pangermanismo. Aquí es donde viene a injertarse el racismo. Y se irá a buscar en los Chamberlain y los Gobineau, que se hallan muy lejos de las actuales preocupaciones del pueblo alemán, pero que suministran bases ideológicas a la lucha en pro de la idea nacional. En

el fondo, el problema no es tan distinto del que se formulaban los jacobinos, pero los medios de resolverlo serán necesariamente muy distintos. Los jacobinos, en efecto, defendían una revolución ya hecha, y se apoyaban en una tradición de centralismo instituída por la monarquía. Tratábase, sobre todo, para ellos, de activar el proceso comenzado, de aplastar las veleidades de autonomía local suscitadas por la caída del régimen monárquico, y de "totalizar" el poder en sus manos para luchar mejor contra el extranjero. Hitler siente igualmente la necesidad de reagrupar todas las fuerzas alemanas para hacer frente a la noble presión que ejercen los aliados y los reaccionarios (separatistas). Sólo que, a falta de bases históricas, tiene que recurrir a una propaganda tanto más virulenta y demagógica cuanto que no tiene esos puntos de apoyo. Una sola realidad fundamenta a sus ojos la unidad de la nación alemana: la de la raza. Pero, para hacerla popular, es preciso vincularla a pasiones que se pueda excitar de un modo inmediato; y así es como los judíos se convertirán en las doscientas familias del racismo (1), los "enemigos de la nación".

(1) La operación ha tenido tal éxito que, con frecuen-

2º *Lucha contra el extranjero.* — Aquí, también, encontrará Hitler una base de odios comunes en la cual apoyarse para unificar a la nación. El *Diktat* de Versalles, firmado por diplomáticos cobardes o traidores, desempeñará el papel de las proclamaciones de Brunswick; y los franceses que ocupan la Rhenania serán equiparados, ¿por qué no?, al "ejército de Coblenza".

3º *Lucha contra las pandillas políticas.* — Aquí el paralelo es menos concluyente; pues, efectivamente, la técnica de las revoluciones de masas introduce factores que no podían existir para Robespierre o Saint-Just. Hay, sin embargo, esta similitud, advertida por más de un observador: la revolución hitleriana, lo mismo que la revolución francesa, no se ha propuesto en primer lugar una modificación del cuerpo social y la estructura de las clases, sino simplemente la extirpación de un personal político cuya acción parecía nefasta a los intereses de la nación.

---

cia, se oye a los partidarios de Hitler declarar que el racismo no es, *en realidad,* sino la lucha contra los judíos, permaneciendo un tanto escépticos con respecto a las cinco teorías racistas contradictorias que les hacen aprender en la escuela.

En cuanto al resto, la táctica de Hitler recuerda más bien la de los Leninistas en 1919: la misma lucha sobre el doble frente de la "Reaktion" y del extremismo. (Ciertamente, se puede decir que Robespierre tuvo también la preocupación de una línea general de defensa contra derechas e izquierdas, pero un Hébert no es de la talla de un Röhm o un Strasser).

Pero donde el paralelo del hitlerismo y el jacobinismo adquiere toda su significación, es en el plano de la propaganda y la táctica totalitarias, una vez consolidado el poder. La justificación de los actos de terror es casi exactamente la misma en uno y otro. Es el brazo vengador del justiciero, del puro entre los puros, abatiéndose sin escrúpulos humanos sobre los enemigos de la nación: constantemente, es preciso proceder con toda rapidez, deshacer los complots en el momento oportuno. Una acción judicial legal habría supuesto un retraso fatal. (Es decir, habría demostrado la inexistencia del complot). Hay que evitar a toda costa que una discusión pública prolongada permita a los adversarios recobrarse y agruparse. Es preciso, en una palabra, producir un estupor horrorizado, cuyo efecto infalible es presentar al tirano bajo los rasgos de un superhombre.

Más tarde, se organizará la diversión indispensable, instituyendo inmensas fiestas populares: culto de la Razón, de las Virtudes, de la Patria, con Robespierre; fiesta de la Siega, fiesta de la Juventud o del Solsticio de Estío, culto de los muertos de la Revolución, con Hitler. La analogía es casi perfecta, con la diferencia de que Robespierre, que no disponía de la radio, no logró más que unos éxitos medianos, frente a los triunfos incontestables de Goebbels.



Hitler puede explicar esta "jacobinización" de Alemania con argumentos muy semejantes a los que emplearía Stalin para justificar su "americanismo". Ambos dirán: es una fase necesaria, no había más remedio que pasar por ella, es el carril de la Historia, no es posible saltar una época vivida por otros pueblos y caer a pies juntillas en el porvenir. A lo cual los ergotistas no dejarán de replicar: ¿valía la pena de hablar tan mal del espíritu del 89 y de la Declaración de los Derechos del Hombre, para repetir, al cabo de ciento cincuenta años, los mismos errores, en un país que sin duda se prestaba a ello menos que Francia? (O bien, contra Stalin: ¿valía la pena de denunciar la peste del capitalismo, para declarar, apenas en el poder: "Iremos más allá de los Estados Unidos"?)

Pero no es posible repetir la historia. Aquí estamos para crearla. Frente a los jacobinos pardos, no podemos contentarnos con críticas retrospectivas. Vueltos hacia el porvenir próximo, diremos pues: si Alemania ha cometido el error del centralismo jacobino, es en parte el ejemplo de Francia lo que lo explica. Pero un ejemplo mal interpretado. Hitler no ha visto al principio en la estructura centralizada sino la condición indispensable de una disciplina de guerra. No ha visto que esta misma estructura era la causa de la esterilidad de la paz. Si hubiera conocido mejor Francia, tal como es, si no hubiera estado hipnotizado por las necesidades de "su combate" (1), habría deducido también las lecciones negativas que implica la experiencia del centralismo. Pero es preciso reconocer que la carencia francesa, la fosilización de las formas estatistas, constituyen prácticamente un freno para la revolución europea. Europa espera que quie-

(1) El Estado totalitario, *es el estado de guerra,* y del mismo modo puede afirmarse que una ideología nacido exclusivamente del combate *(Mein Kampf)* será forzosamente de aire totalitario.

nes lo inventaron rebasen al fin ese estatismo centralizador. Mientras ese rebazamiento no sea *iniciado por Francia,* las naciones jóvenes, a falta de otro modelo, se dejarán arrastrar a imitaciones punto menos que monstruosas del jacobinismo. A Francia toca encender la señal roja que indique lo impracticable de la vía. Señal de la revolución federalista, no ya fundada en las antiguas "regiones", no ya "separatista", sino *comunalista.*

No solamente se trata de nuestras libertades cívicas en lo porvenir, sino también de la paz europea. Pues es evidente que, en el momento actual, la amenaza de la guerra se confunde con el fenómeno totalitario. Por eso, preparar la paz, es preparar primero la instauración de un régimen a base federal. ¿Y quién tomaría la iniciativa, repitámoslo una vez más, sino el país en que es tradicional la invención? ¿El país que ha podido hacer antes que ningún otro la experiencia de un centralismo cuyas caricaturas brutales, artificiales, acaban por espantar al modelo mismo?

¡Federalismo: última posibilidad de la paz!

Pues los esfuerzos de la diplomacia francesa y la voluntad misma de paz de que hace gala el ex combatiente Adolf Hitler no pueden *nada*

contra el mecanismo homicida, contra la fatalidad belicista que representa el Estado totalitario. Mientras no se haya destruido esa raíz de la guerra, hay que estar preparado para lo peor. El jacobinismo, el espíritu centralizador, el principio de la nación armada, disciplinada en un cuadro rígido, todo esto no deja de ser estéril y abstracto —en tiempo de paz— sino para convertirse en la guerra concreta y atroz. Todo eso no encuentra su justificación sino en la guerra. Más allá de toda voluntad humana, buena o mala.

Me dirán sin duda que es demasiado tarde.

Pero, desesperar de la paz, es hacer inevitable la guerra. Desesperar de la revolución federalista es desesperar de la paz. Y precisamente porque es demasiado tarde para impedir la guerra *por todo otro medio cualquiera,* debemos promover esa revolución.

Post-scriptum de 1938. — Los acontecimientos de Checoeslovaquia vienen en el último instante a aportarme la más trágica confirmación. Por no haber sabido o querido adoptar a tiempo un régimen federalista, han dado pretexto los checos al chantage brutal del Führer. La abdicación de las "democracias del Oeste" denota,

entre otras cosas, su conciencia turbia como Estados centralistas frente a la reivindicación totalitaria.

FIN

CONCLUSIONES A NUNCA ACABAR

(A MANERA DE POSTFACIO, EN 1939) (1)

Es inherente a la naturaleza de todo *Diario* el prolongarse a la par de la vida de su autor (como un ocio al margen de las verdaderas obras, o como una vacilación a veces...). Así, este reportaje privado puede durar, y durará sin duda, tanto como su objeto, que es el hitlerismo.

No he vuelto a Alemania desde que apareció mi librito. Pero los comentarios, las reacciones y hasta las aprobaciones suscitadas por esta publicación me han llevado naturalmente a mantener una especie de diario de mi *Diario*, un diario en segundo grado, cuyo resumen me siento por así decirlo en la obligación de comunicar

(1) Especialmente añadido por el autor para la presente edición en castellano.

al público, salvaguardando el orden cronológico y ciertas incongruencias hijas de las circunstancias. Medio literalmente "conforme" a esta obra, que rectifica en algunos puntos, y en otros pone al día.

I

MÜNICH

Habiendo aparecido mi *Diario* al día siguiente mismo de Münich, es lógico que se me formularan una porción de preguntas con respecto a mi actitud ante dicho acontecimiento: ¿modificaba éste o no mi diagnóstico de Hitler? Respondí con una nota publicada en el número de noviembre de la *Nouvelle Revue Française.* Deseando ponerme a cubierto de la atmósfera demasiado emotiva de aquellas jornadas, poco favorable a un juicio del que no se corriera el riesgo de tener que arrepentirse poco después, creí conseguirlo mediante el artificio de mi alejamiento en el tiempo, de una especie de objetividad anticipada. De ahí, esta "Página de Historia", que transcribo como si la tomase de un futuro manual.

LECCION SOBRE LA CRISIS DE LAS MINORIAS EN 1938

1. *Caracterizad el estado político de Europa en 1938.* — Las democracias del Oeste habían fundamentado su paz en dos principios: derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, arbitraje internacional. En nombre del primer principio fué creado el Estado checo; en nombre del segundo, la Sociedad de Naciones. Pero el jacobinismo de las democracias (centralización rígida, confusión del Estado y la Nación) se oponía en la práctica a toda aplicación honrada de ambos principios. De un lado, la S. D. N. no fué una Federación, ya que ninguno de los Estados constituyentes había renunciado a ninguna de sus prerrogativas en beneficio de la Sociedad; de otro lado, el Estado checo oprimió a sus propias minorías, imponiéndoles un régimen centralista inspirado en el modelo francés.

2. *¿En qué se basaban las reivindicaciones hitlerianas?* — Los dictadores de la Europa central fueron los primeros en darse cuenta de la paradoja política que acabamos de definir. Tuvieron la habilidad de basar sus reivindicacionese a la vez en uno de los principios que las Democracias pretendían defender; y en el sistema que

aquellas dictaduras practicaban de hecho. Así fué como Alemania exigió la autonomía de los Sudetes en nombre del derecho de libre disposición de los pueblos, y más tarde su anexión en nombre de la "unidad nacional".

3. *¿Cuál fué la respuesta de las Democracias?* — Era fatal, en estas condiciones, que las Democracias se dejaran convencer por la "legitimidad" de las exigencias alemanas. Y por esto, cuando en septiembre de 1938, Alemania apoyó su reivindicación con amenazas militares, las Democracias cedieron (entrevista de Berchtesgaden).

4. *¿Por qué se agravó el conflicto súbitamente?* — El litigio estaba resuelto en principio. Pero, entonces (entrevista de Godesberg), Hitler puso de manifiesto el aspecto original (y no ya jacobino) de la dictadura totalitaria: el imperialismo religioso, o sacro. Exigió el entrar en armas y sin pérdida de momento en los territorios sudetes. Una cesión puramente diplomática no habría bastado a sus ojos. La religión cuyo fundador era, requería el sacrificio sangriento (o su símbolo), la violación de la víctima, la "liberación" violenta de la presa deseada (guerra limitada).

5. *¿Cuál fué la reacción de Europa?* — La opinión democrática pareció desorientada por esta exigencia puramente "ritual". Unos hacían observar que apenas si había diferencia alguna entre Berchtesgaden y Godesberg. Otros opinaban que la exigencia de entrar en armas era una "querella de alemanes". Una bravata gratuita, puesto que en principio todo estaba resuelto. Solamente el Primer Ministro inglés supo ver y decir que había en ello un hecho nuevo, la señal de una voluntad de hegemonía. Era traducir en términos clásicos la realidad presentida de la nueva religión totalitaria. Por otra parte, las reacciones de las masas no tardaron en demostrar que Chamberlain había sabido expresar una de las tendencias fundamentales e instintivas de Occidente: la resistencia a toda hegemonía, en nombre de un ideal latente de federación de los pueblos en un pie de igualdad. Una ola de fondo se elevó contra la pretensión alemana, que, oscuramente, sentíase ruinosa para el porvenir confederal de Europa. Hitler comprendió que su hora no había sonado aún. Se vió obligado a aceptar la reunión en Münich de una "Dieta" de gobiernos iguales, que resolvió el problema con ventaja material para Alemania, *pero* sobre una base de arbitraje interna-

cional, prefigurando así un estatuto federal exclusivo de toda hegemonía.

6. *¿A quienes aprovecharon los acuerdos de Münich?* — Esta victoria simbólica del principio federativo no fué explotada por las naciones que la habían ganado como a su pesar y no obstante sus intereses nacionalistas. Presa de luchas intestinas sin grandeza, las Democracias del Oeste no supieron sacar de un acontecimiento tan considerable sino conclusiones deprimentes, hijas de cálculos que se llamaban por aquel entonces "realistas" y que se limitaban a dar cuenta de las pérdidas materiales sufridas. El beneficio moral, incalculable, quedó enteramente perdido.

7. *Conclusión.* — El camino quedaba, a partir de aquel momento, abierto a las ambiciones totalitarias, y los dictadores no encontraban ya ante sí, para hacerles frente, más que unos Estados todavía centralistas y torpemente autárquicos, cuyos viejos sistemas imitaban, pero aplicándolos con rigor. Nadie supo oponer al Führer el ideal que hasta entonces constituyera la fuerza y el equilibrio dinámico de Occidente: la utopía operante de una Federación de los Iguales,

de que solamente Suiza nos ofreciera un ejemplo, en microcosmos.

En esta perspectiva histórica convendrá encontrar la explicación menos dudosa de los acontecimientos ulteriores (colonización intraeuropea, estado de guerra no declarada), por sorprendentes y monstruosos que nos parecieran a la sazón.



No insistiremos en la comprobación que aportaron los meses siguientes a muchas de mis previsiones. Más interesante se me antoja el corregir una de ellas, evidentemente demasiado pesimista. En efecto, "el beneficio moral incalculable" de Münich no quedó enteramente "perdido" para todo el mundo. Desde luego, fué desperdiciado por las grandes democracias, que sufrieron en noviembre y diciembre de 1938 una depresión cercana de la parálisis, dejando a su prensa repetir en todos los tonos que no quedaba otra solución que "el rearme". Pero, en Alemania, la situación moral se vió considerablemente modificada por Münich, en un sentido que nos permitía un amplio margen a la esperanza.

Según el testimonio de todos los alemanes que

tuve ocasión de encontrar por aquel entonces —alemanes de Alemania, de paso por París— Münich asestó al Führer, a su prestigio en el alma popular, uno de esos golpes sordos cuyos efectos no se advierten en los primeros momentos, sino que se desarrollan como al abrigo de la conciencia en la dimensión de la vida cotidiana. Los alemanes sintieron que habían pasado a un dedo de la guerra, y que solamente la intervención de las Democracias menospreciadas había conseguido evitarla, punto menos que por milagro —el milagro de los sacrificios consentidos— sin esperanza de desquite. Se sintió que el Führer había sufrido una parada en seco, pagada a un precio exorbitante por el adversario y la víctima, pero no obstante, y quizás por ello mismo, indiscutible y significativa. "El Führer no había conseguido su guerra contra los checos".

Poco después intervinieron las persecuciones contra los judíos. Y la masa campesina gruñó. Se quemaron las sinagogas: "A pesar de todo, eran *Gotteshäuser* (Casas de Dios)", pensaba el pueblo; "hay algo indudablemente que no marcha. . ."

La resistencia pasiva, de hecho inexistente durante los meses que viví en Alemania, se ha desarrollado en todas sus formas: del mal humor al

sabotage, de las represalias solapadas contra los antisemitas declarados hasta la negativa formal opuesta por algunos S. S. a determinadas órdenes de persecución (de suerte que muchos de estos milicianos han sido fusilados, me aseguran, al salvar quizás la vida de las víctimas que les habían sido designadas).

¡Signos superficiales de un cambio profundo! Pues basta con que unos cuantos empiecen a reflexionar a su manera para que la inconsciencia colectiva sea puesta en tela de juicio, sin remedio. Basta a veces un grano de sal para que la vida recobre su sabor. Y basta con la existencia de unos cuantos justos para que una ciudad sea salvada.

Sin conceder demasiado crédito a los rumores de complots fantásticos que vienen circulando desde hace años —y con gran insistencia se vuelva a hablar de la Reichswehr— sería absurdo no reconocer que Münich ha señalado un punto decisivo en la historia interior, secreta, del Tercer Reich: el origen de una *duda* saludable con respecto a la infalibilidad de Hitler en el orden político y, sobre todo, espiritual. Una nueva Alemania ha nacido de esta duda sola. Y con ella debemos prepararnos a reanudar una amistad fecunda.

II

REACCIONES ANTIFASCISTAS A LA PRESENTE OBRA

Eran de esperar, lógicamente. Y, sin embargo, aunque hayan sido menos numerosas y virulentas de lo que habría podido temerse, no por ello han dejado de serme menos sensibles las reacciones de mal humor y hasta en ocasiones las calumnias que me valió la aparición de este *Diario* entre los antifascistas. De ahí que haya tenido especial empeño en contestarlas antes de volverme hacia los nazis mismos. Los pleitos de familia son los más absorbentes y, a pesar de los pesares, no puedo defenderme de un sentimiento de solidaridad con las izquierdas, que nunca he sentido por los demás.

La ocasión de esta respuesta fué un artículo publicado en Bruselas por un gran diario socialista, artículo en el que se me acusaba, con todas las letras, "de haber dado prendas a los hitlerianos antes, durante o después" de mi estancia en Alemania. El autor no conseguía explicarse mi deseo de permanecer objetivo sino suponiendo que había sido pagado para ello por los nazis. El tiro me pareció lo bastante significativo para merecer ser contestado y comentado en *Les Nouveaux Cahiers,* revista cuya finalidad es justamente el "librar el pensamiento de la servidumbre a que la someten los intereses particulares, el espíritu de partido y el espíritu de clase". Una de las rúbricas regulares de la revista, titulada "Poder de las palabras", se halla consagrada al análisis de las divisas o frases hechas maléficas que evitan el trabajo de pensar por cuenta propia a la mayoría de nuestros contemporáneos. Aproveché, pues, la oportunidad para desenmascarar una de esas expresiones tabú que no cesan de tirarse a la cabeza lo mismo las izquierdas que las derechas, como si bastara decirlo para anular ipso facto toda discusión.

"HACER EL JUEGO DE HITLER".

En el curso del verano pasado, y ante la amenaza hitleriana, un escritor amigo nuestro se sintió en la obligación de hablar, no ya para llamar a las armas a los demócratas, sino simplemente para mostrarles, en la medida de sus medios, cual era la realidad de la amenaza. Conocía el Tercer Reich por haber vivido en él durante un año. Estimaba que, en interés mismo de una defensa eficaz, importaba el hacer conocer la naturaleza exacta del ataque que se preparaba y, por ende,

la fuerza lo mismo que la debilidad del adversario. Escribía a este propósito (en forma que, a su juicio, no podía prestarse al equívoco): "Un general que estudia el terreno de su batalla decisiva no es precisamente lo que se llama imparcial, pero si es incapaz de apreciar objetivamente las fuerzas enfrentadas, haría mejor en dedicarse a la política". Así, nuestro escritor se esforzaba en mostrar, "objetivamente", lo que hay de bueno y de malo en el hitlerismo. Para concluir poniendo urgentemente en guardia contra el espíritu totalitario.

Pero he aquí que, apenas aparecido el libro, algunos críticos declararon al autor que, "al pretender ser objetivo", no había hecho en realidad otra cosa "que el juego de Hitler".

Esta incidencia nos parece revelar un estado de espíritu cuya sola existencia basta para justificar el esfuerzo de "pensamiento libre" a que se han consagrado estos *Cahiers*.

Que una "decisión de partida" eficaz presupone necesariamente, y antes que nada, el conocimiento "objetivo" de los hechos en cuestión, es cosa que puede suponerse, racionalmente, fuera de toda duda. Mas, por desgracia, esta verdad en apariencia tan evidente, es ignorada en la práctica y, lo que es aún peor, apasionadamente negada.

Formulemos la cuestión en su forma más simple.

¿Cómo es posible, en general, que un hombre se niegue a ver lo que es?

Y, en particular: ¿cómo es posible que, deliberadamente, un publicista que pretende juzgar Alemania, comience por recusar los testigos "objetivos", acusándolos de "complicidad"?

La respuesta nos la da la psicología infantil corriente. Bastará que yo diga a mi hijo, de tres años de edad, que no se acerque al fuego para que, como es natural, se acerque inmediatamente lo más posible. "Mira que vas a quemarte, le digo entonces. —No, contesta él; eso no quema. —¡Ten cuidado, que vas a quemarte! —¡Papá feo, malo!"

Tal mi diálogo con algunos "antifascistas" en cuanto intento informarles de lo que ocurre en Alemania. Les expongo los hechos, "buenos" o "malos". Digo: es preciso conocer hechos si se quiere influir en ellos sin dejarse contaminar. Y me responden: "¡usted es hitleriano!"

Ahora bien, ¿por qué mi hijito pretende, contra toda evidencia, que el fuego no quema? Simplemente por que no se atreve ni puede decir: *tengo ganas de tocar el fuego,* aunque sé de sobra que quema. Esta contradicción insuperable

queda resuelta en la práctica con una mentira (el fuego no quema), y con una transferencia de la "maldad" del fuego a la persona de aquel que advierte de su peligro.

Negarse a reconocer los hechos (mentira) y acusar al que los revela de ser cómplice de su amenaza (transferencia): tal es el mecanismo regular que delata la presencia de una pasión inconfesable.

En un mundo como el nuestro, en el que son tan pocos los hombres que conocen su verdadera creencia y sus verdaderos deseos, es fatal que se desarrolle hasta su más alto grado lo que podría llamarse *el chantage de la tendencia.* Chantage que consiste en decir: si pretende usted permanecer objetivo frente a tal o cual realidad, es que en realidad tiene usted tendencia a favorecerla.

Cada vez que este chantage se manifiesta, estoy seguro de que su autor se siente poseído de una pasión inconfesable —a sus propios ojos— por la realidad que me prohibe examinar.

Supongo, pues, que los antifascistas "ciegos" son totalitarios que se desconocen.

¿Cuál es, en efecto, la característica de toda mentalidad "totalitaria"? La negativa a discutir. Y de ahí el terrorismo. El terror (jacobino, bolchevique o fascista) ha denunciado siempre a

la vindicta pública a los "individuos"; es decir, a los que discuten: los que, aun sin ser contrarios, no manifiestan sin embargo una voluntad de sumisión *ciega* y *jubilosa* a las órdenes y contraseñas del Partido. Más aun: los que, a pesar de ser adherentes entusiastas, se sospecha puedan conservar una capacidad de criterio personal. En seguida: los que no han dado suficientes pruebas de lo contrario. Y finalmente: todos aquellos que se "distinguen" por algún rasgo señalado, de cualquier orden que sea, incluso si viene al caso por su ortodoxia demasiado rigurosa. En todos los casos y en todas las fases, es la *tendencia* lo que se castiga, no los actos o las opiniones declaradas. Por otra parte, no se refuta: basta con proyectar sobre uno la sospecha.

Ahora bien, este rasgo fundamental de la mentalidad totalitaria es precisamente el que percibo en los escritos y las palabras de algunos de nuestros "antifascistas".

Los que juzgan la tendencia supuesta, y no los hechos, participan ya por ello del estado de espíritu fascista que se figuran combatir. ¿Por qué se niegan a informarse objetivamente de lo que es el fascismo? Porque presienten que su realidad es muy compleja, y porque ello supone la necesidad de discriminar antes de juzgar; esto

es, la necesidad de discutir y *de declarar sus criterios*. Y precisaré más aún: no de discutir para eludir el decidirse por uno u otro partido, sino, antes al contrario, para *determinar* esta decisión con un máximum de eficiencia. Si se decidieran a discutir, y por consiguiente a exponer las razones de su punto de vista, se darían cuenta de que, en realidad, están muy cerca del adversario y de que, si no comparten todas sus opiniones, cuando menos tienen un concepto muy semejante de la vida. (O, a la inversa: que están muy lejos de sus aliados).

Si los hombres de izquierda, por una parte, y los hombres de derecha, por otra, aceptasen el ver Alemania tal como es, advertirían que el socialismo se ha realizado en ella mejor que en Francia; y, entonces, verían desplomarse, los primeros, la mejor *razón* de su oposición al hitlerismo; los segundos, la única *razón* de su admiración por Hitler, considerado como "baluarte contra el bolchevismo". Pero he aquí que tanto unos como otros se empeñan en condenar o ensalzar a Hitler, no por lo que éste es, sino por lo que ellos quieren que sea. Y de ahí que se vean obligados a presentar como sospechoso al escritor "objetivo" que les trae a la realidad de los hechos.

En todo caso, si se quiere conservar algún sen-

tido a la frase "hacer el juego de Hitler", se me antoja indispensable definir el juego de Hitler. Pues, de no hacerlo así, la expresión podría aplicarse lo mismo a una cosa que a otra. Mussolini hace el juego de Hitler apoyándole, pero los comunistas lo hacen también preconizando la guerra. Monsieur Flandin hace el juego de Hitler felicitándole, pero Mme. Tabouis lo hace también calumniándole de una manera tan torpe, etc . . . ¿Cuál es, en realidad de cuentas, el juego que no se debe hacer?

Veamos: Hitler es el símbolo y el instrumento principal de la mentalidad totalitaria. Esta mentalidad se define por la negativa a reconocer los hechos embarazosos (esto es: a discutir objetivamente) y por la pasión de condenar *a priori* ciertas "tendencias" que se suponen hostiles (pasión creadora de cabezas de turcos y de bucos emisarios). Permitid la discusión, y hacéis imposible el régimen totalitario. Por mi parte, reivindico el derecho a discutir, y hasta hago de él un deber cívico. Si me lo negáis, os juzgaré con arreglo a esa negativa. Con arreglo a esa declaración, a ese hecho. Diré que sois profascistas, no de intención, pero sí *de hecho*.

Y lo diré también si me negáis el derecho a discutir el fascismo en sí mismo. Pues tengo la

pretensión de que mi mejor arma contra él es precisamente mi facultad de distinguir sus fuerzas y sus flaquezas "objetivamente". Si me retiráis esta arma, me transformáis en un fascista vergonzante, que será seguramente vencido por el fascista declarado.

Negarse a discutir a Hitler es declararlo *tabú*, considerarlo como el adversario *sagrado*. Lo sagrado, es lo que no se discute. Pero lo sagrado es siempre ambiguo: el horror unido siempre a la atracción. Discutiendo a Hitler, lo *profano*. Lo que es mucho más peligroso para su mito que las vociferaciones sagradas de unos cuantos "antifascistas".

Concibo perfectamente que un comunista no admita que yo describa el régimen nazi tal como es. Pues, si lo admitiese, se vería obligado a ver la identidad de los *actos* que reprocha a Hitler y los actos que admira en Stalin. (Y dejo a un lado los pretextos). El uno extermina a determinados hombres porque tienen una ascendencia judía, el otro porque la tienen kulak. Ambos persiguen a los cristianos. Ambos privan al ciudadano de sus derechos, etc. El comunista me niega el derecho a ser objetivo porque, al serlo, desenmascaro su verdadera pasión, su pasión inconfesable, que es idéntica a la de su "adversa-

rio". Y no se le ocurre entonces otra cosa que decir que soy muy malo. . .



¡Usted es hitleriano! —¡No, usted es quien lo es! . . ¿Cómo salir de este diálogo pueril? Simplemente, declarando uno sus criterios (1) y aceptando la discusión de los hechos. Inmediatamente, la separación entre "totalitarios" (conscientes o no) y verdaderos no fascistas, resulta muy fácil. Con un margen muy pequeño de diferencia, viene a coincidir con la distinción entre los que preconizan la estupidez como método de acción, y los que prefieren la inteligencia. Y esto no es una ironía, sino una conclusión bien meditada.

III

REACCIONES HITLERIANAS

Cuando se trata de saber lo que piensa un pueblo "metido en cintura", ¿deberán preferirse los

(1) ¿Habrá que recordar aquí cuáles fueron mis criterios en esta obra? Los de un hombre que no admite *a priori* ni la izquierda ni la derecha tales como son, y que lo refiere todo a la doctrina "personalista", que funda en la fe cristiana, más precisamente: protestante.

testimonios privados a las actitudes públicas? Tengo mis dudas sobre el particular. He recibido muchas cartas de alemanes que me habían leído, y que no ocultaban su aprobación a mis críticas contra el régimen que están padeciendo. Pero, ¿qué podríamos deducir de unas cuantas reacciones, aisladas, y necesariamente desprovistas de alcance inmediato? ¿Serían las señales precursoras de una reacción más general, o simplemente los últimos restos de una resistencia liberal? Por otra parte, los artículos publicados con la aprobación indispensable del Partido son más que sospechosos, como es natural; pero hay que reconocer que la mayoría de la gente no piensa, en realidad, sino aquello que les mandan pensar, aquello que han leído. De suerte que la expresión de un punto de vista oficial ofrece muchas probabilidades de reflejar, como por anticipado, la opinión general de grandes masas, —opinión provisional, desde luego, pero que, no obstante, importa conocer hoy día.

Lo que me parece más curioso a este respecto son ciertas contradicciones que me ha sido dado observar entre los artículos aparecidos en Alemania sobre mi libro. Cosa que no deja de ser un tanto sorprendente, viniendo del país que viene, y que no deja de ser un tanto significativa

en cuanto a las posibilidades de evolución del régimen.

Uno de esos artículos reseña mis opiniones de manera tan parcial como hábil: conserva tan sólo los elogios y suprime las críticas que remataban la frase o el párrafo en cuestión. Me presenta aprobando el amordazamiento de la Prensa y las persecuciones contra los judíos. Y ello le permite encomiar mi "profundo conocimiento de la vida alemana". (K. H. Bremer, en *Die Tat.*)

Otro, por el contrario, me acusa de conocer tan poco esta misma vida alemana, que todas mis observaciones se encuentran, como es consiguiente, viciadas y falseadas. La culpa de ello, asegura, es que trato de juzgar el nacional-socialismo "con arreglo a categorías que le son esencialmente ajenas, a saber: las categorías cristiano-protestantes". *(Cahiers franco-allemands.)* ¡No se podría ser más claro! Y entrego esta frase a la meditación de aquellos que ven todavía en Hitler un protector del Occidente cristiano contra la barbarie de los ateos bolcheviques.

Mientras el primero escribe: "Rougemont enriquece sin duda alguna la discusión fecunda entre ambos pueblos", un tercero titula su artículo (más tarde publicado en folleto): "Un mal servicio", y afirma que mi libro no puede

"dejar de resultar peligroso para las relaciones entre ambos pueblos".

Este último artículo me ha parecido el más interesante de analizar. (Profesor Hans Jeschke, en *Geist der Zeit.)* Me reprocha, en efecto, y no sin vehemencia, el caracterizar el nacional-socialismo como un "movimiento religioso", y hasta como un "Ersatz del cristianismo". Cuando, según el autor del artículo, se trata pura y simplemente de un movimiento político. Sin embargo, después de haber declarado que "entre esta concepción del mundo *político*... y una religión, en el verdadero sentido de la palabra, no hay más que un paso", añade: "claro está que el alemán, libertado de las modalidades de pensamiento cristiano *podrá* muy bien dar este paso, y hasta *deberá* darlo un día, si permanece consecuente con la evolución de su pensamiento". En una palabra, mi error sería el haberme anticipado a esta evolución necesaria y el haber expresado en términos cristianos —¡y demasiado claros— lo que no es aún para ellos sino un "devenir", un ideal...

Pero veamos las cosas de más cerca. "La cristalización de los conceptos nacional-socialistas en una imagen del mundo propiamente religioso —escribe nuestro profesor— ...sería evidente-

mente la más hermosa coronación de la Revolución alemana. Devolvería a nuestro pueblo su unidad espiritual y política, y... mediante la añadidura de un elemento metafísico, elevaría la noción unitaria del hombre alemán a la categoría de una verdadera "totalidad", de suerte que el reproche de estatismo totalitario que nos hacen resultaría siquiera más agradable de llevar de lo que hoy resulta. De todas maneras, el nacional-socialismo persigue hoy un solo fin: la cohesión espiritual y política de la comunidad alemana, en el interior lo mismo que en el exterior. Para nuestra comunidad religiosa y popular, necesitamos aún tiempo y en más de un aspecto, maduración. Pero esta comunidad *política* se halla, sin embargo, tan bien fundamentada, *religiosamente,* como podría estarlo una comunidad religiosa sobre una base existencial-ontológica". Estas líneas, bastante confusas, me las aclara considerablemente la carta que por aquellos mismos días hubo de escribirme un estudiante nazi. También éste me reprochaba el haber hablado de religión a propósito de la creencia nacional-socialista, y añadía: "La religión es, en efecto, algo sentimental. Nuestra concepción del mundo, por el contrario, abarca a la vez el dominio político, el dominio espiritual y el do-

minio ético". Resultaría, pues, de estas afirmaciones, que el nacional-socialismo es exactamente una religión, como yo decía, pero que no es "político" el confesarlo antes de que dicha religión haya conseguido afirmarse con una fuerza incontestable. Es más: la creencia hitleriana es a tal punto de naturaleza religiosa que los que viven de ella *no necesitan saberlo.* Como para gozar más libremente de su "sustancia afectiva", rehusan la etiqueta comprometedora. Se encuentran en la fase de la fe del lugareño, y retroceden todavía, con una especie de pudor oportunista, ante la necesidad, sin embargo cercana, de las definiciones teológicas. En este sentido es que se puede hablar de un paganismo irracional y romántico. Al reparo de esas negativas vehementes a reconocer la evidencia, esto es, la naturaleza religiosa del hitlerismo, pueden los nazis entregarse impunemente a las confusiones más catastróficas del instinto religioso natural y de la voluntad de dominio.

Este debate sobre el sentido de la palabra *religión* no es sino un ejemplo —en verdad de los más típicos— de los punto menos que insondables equívocos verbales abiertos entre Alemania y todos los demás pueblos por la Revolución nacional-socialista.



No se hace una revolución sin cambiar el vocabulario. Pues la fuerza principal de un movimiento político no es la verdad de su doctrina, sino la oportunidad de su propaganda. La revolución, en nuestros días, es ante todo una cuestión de palabras, una cuestión de frases hechas o divisas, un caso particular de esa ciencia de la opinión que se llama Publicidad.

Por eso la conversación se hace a veces tan difícil entre un país que ha hecho una revolución y sus vecinos que han hecho otras, o que no han hecho ninguna desde hace tiempo. La famosa "incomprensión" que se observa entre los pueblos, no me parece que sea de naturaleza sentimental en un principio. En todos estos pleitos de familia que se hacen las naciones de Europa, se trata menos de humores que de léxicos incompatibles.

Tal ocurre con el diálogo Francia-Alemania. Durante largo tiempo fué uno de los más arduos, a causa del *pathos* jacobino que habían sufrido los alemanes durante el Imperio. Aquella "libertad" que traían los franceses en la punta de sus bayonetas no correspondía a nociones muy cla-

ras en el cerebro de un campesino prusiano. De ahí los malentendidos en cuestión, y las "explicaciones" un tanto brutales que llevaron a la transacción cojituerta de Versalles. El Reich prometía comprender, proclamaba la República, iba a tratar de practicar, a su vez, los derechos del hombre... Y, por último, no hubo más remedio que rendirse a la evidencia; decididamente, aquello no entraba en los usos y costumbres germánicos. Y Herr Hitler hizo su aparición.

Se han precisado cinco o seis años para descifrar la clave de su lenguaje. Los recientes acontecimientos han ayudado mucho a ello. Hoy creo poder decir que el sistema es bastante sencillo, y que consiste poco más o menos en lo siguiente: restablecer el vocabulario democrático, pero cambiando el signo de cada uno de sus términos. Ejemplos: el *derecho de los pueblos a disponer de sí mismos* significa, en el lenguaje totalitario: el derecho de los pueblos más fuertes a disponer de sus vecinos más débiles; *consolidar la paz* significará: invadir un país a diez contra uno sin tener que disparar un cañonazo. La Prensa italiana, en su ardor de neófita, descubre el juego cuando opone a la violencia y el belicismo de Roosevelt el sentido del derecho y el pacifismo de los dictadores. La cosa, como se ve, es

bastante sencilla. Basta con poner, en la clave: negro equivalente a blanco, etc., etc. ¡Al fin va uno a poder entenderse!

No obstante, como en este terreno todo es cuestión de matices, a veces sutiles, no será superfluo examinar en detalle algunas de estas transposiciones. Contentémonos, por lo menos, con examinar tres términos: *libertad* y *justicia,* que provienen de nuestro vocabulario, y el neologismo *espacio vital.*

Se ignora con demasiada frecuencia que la libertad significaba para los antiguos germanos el derecho a llevar su arma y a conservarla en su casa. Es, pues, bastante natural que el Congreso de Nuremberg, que celebrara el rearme del Reich, se titulase: Jornada de la Libertad. Precisemos: el armarse para los alemanes no es como para los demócratas un *medio* de proteger libertades de orden civil. Es, en sí mismo, *la libertad,* y ninguna otra le es concebible...

La justicia, para nosotros, es el respeto al derecho y, más allá de la letra de un código, un modo objetivo de apreciar los argumentos de dos partes contrarias. En este sentido es que traté de ser justo con respecto a Alemania en mi *Diario.* Ahora bien, he aquí lo que me escribe un hitleriano: "Su libro no tiene, desde luego, nada de

justo. Pues la justicia brota de la plenitud de una vitalidad segura de sí misma, y no de comparaciones abstractas. Por eso las nociones francesa y alemana de la justicia seguirán controponiéndose aún durante varias décadas".

Efectivamente, la definición de la justicia alemana que tan amablemente me ofrece mi corresponsal, significa en francés: derecho del más fuerte; injusticia, por consiguiente. Aquí, también, bastará con cambiar de signo.

En cuanto al *espacio vital* de las dictaduras, sin duda no se habrá dejado de observar que su característica más saliente es la elasticidad ilimitada. Mientras más "segura de sí misma" se halla la vitalidad de un pueblo, más se acrecientan sus necesidades vitales. Pero, ¿qué significa la palabra *vital*? Desde luego, no lo que un vano purista podría creer, no lo que sería indispensable para preservar a los alemanes del hambre, sino, antes al contrario: lo que es indispensable para satisfacer y aumentar todavía más una "vitalidad segura de sí misma". El espacio vital es, pues, el que reclaman, no la miseria y el hambre, sino el orgullo y la bulimia. Son los trigales de Moravia y los petróleos rumanos, reservas de guerra. Lo vital es, simplemente, lo que permitirá hacer la guerra, esto es (traducido en alemán): afirmar una "vitalidad segura de sí misma" y de "consolidar la paz"...

Limitémonos a observar que, para aquellos pueblos reivindicados por el Reich en estos términos, lo que es espacio vital para un nazi amenaza, desgraciadamente, con llamarse muy pronto campo de batalla o espacio mortal.

IV

¿Y AHORA, QUÉ HACER?

Es posible que los tiempos que se avecinan vean despertarse en el alma de las masas una gran hambre elemental, latente y negada durante largo tiempo. La historia de la post-guerra, a los ojos de nuestros descendientes, será acaso, más aún que la historia de los tratados y de su peligroso ajuste, la historia del despertar de las religiones al término de la era racionalista.

No es el fenómeno en sí, sino su amplitud, que se anuncia sin precedentes. El siglo de las Luces, y luego el siglo individualista, han relajado y a veces hasta disuelto los vínculos "sagrados" del cuerpo social. El siglo veinte ha visto la decadencia de las formas, convenciones, ceremonias y lugares comunes que eran los signos

exteriores de una comunión tácita entre los hombres. Aquí estamos, individuos insignificantes, aislados, impotentes, llenos de suspicacias, unos tras otros, preguntándonos por qué demonio estaremos juntos. Se ha formado en la ciudad un sentimiento todavía difuso de *vacío social,* análogo al que debió señalar la decadencia del imperio romano. Pero de este vacío irrumpe un llamamiento. Y este llamamiento a una comunidad nueva, a una "mística", como se va repitiendo por ahí; más simplemente: a razones para reagruparse, es la afloración de un deseo inconsciente de "lo que liga", de una religión. De no importa qué religión...

Es ya tiempo de que el mundo cristiano adquiera conciencia tanto de esta oportunidad como de los riesgos inmensos que implica.

Pues no es posible continuar ocultándoselo: las masas modernas, privadas de cultura espiritual, ateizadas hasta un punto que apenas si alcanzan a imaginárselo los cristianos, se encuentran ante el hecho religioso más ignorantes, más desprovistas y más "bárbaras" que las tribus polinesias con sus ritos y sus hechiceros. Si se despierta el hambre religiosa en esas masas, corren el riesgo de satisfacerse con los medios más burdos, como por ejemplo, el simple sentimiento de

una fraternidad carnal, un patético codo con codo. Ello no es una hipótesis: basta cruzar el Rhin para sentir, hasta el escalofrío del horror sagrado, la realidad monstruosa de una de esas religiones larvarias. Se pregunta a menudo cuál es el contenido de la "mística" nacional-socialista. Lo terrible, es que no existe. No hay sino masas que se sienten tales, a favor de una tramoya teatral y geométrica, en torno de un jefe que no quiere ser sino su encarnación y su símbolo. Masas que comulgan consigo mismas en un canto triste o en un alarido.

Estas religiones vagas y violentas se buscan, sin embargo, una doctrina. No habiendo nacido de una creación espiritual, de una esperanza proyectada hacia el porvenir, no saben justificar su existencia más que por el *hecho* que reúne a las masas: el origen común, el pasado. El cristianismo fundaba una sociedad abierta, vinculada por la esperanza unánime de un más allá liberador. "Las cosas viejas han pasado", dice San Pablo, "no hay ya judío ni griego, y si tú compartes mi esperanza, mi hermano eres en la ciudad nueva. Y mi hermano también si la rehusas, porque yo esperaré por ti, mi enemigo..." Pero el nacional-socialismo se distingue precisamente por habernos dado el tipo de una comu-

nidad regresiva, fundada exclusivamente en lo acaecido, en todo lo que se tiene detrás y de lo cual no puede cambiarse un ápice: la sangre, la raza, la tradición, los muertos, todo cuanto impone un destino sin remisión.

He ahí por qué esa religión es, en grado supremo, intolerante, y más aún que intolerante, puesto que ni siquiera puede uno convertirse a ella. Si no se tiene el mismo pasado, no se podrá nunca entrar en ella, —si no se es de sangre aria, por ejemplo—. Pues esta religión no admite que "las cosas viejas han pasado". No admite ese nuevo nacimiento, esa conversión a partir de la cual no hay ya judíos ni griegos a los ojos del espíritu. No pregunta: ¿qué crees, qué esperas?, sino tan sólo: ¿cuáles son tus muertos? Religión del suelo y de la sangre, religión cruenta y mortal, religión de las cosas viejas, muertas y enterradas desde hace milenios, jamás "pasadas", y que reclaman aún sangre, muertos, cortejos fúnebres, ceremonias de imprecación, sacrificios propiciatorios, el tam-tam de los lúgubres tambores, los aquelarres alucinantes de negros blancos.

¿Quién no ve que una tal religión odia a muerte la fe cristiana, proyectada hacia el perdón, el futuro eterno, el rescate del pecado original?

No es un conflicto accidental, y menos aún un conflicto político lo que debe buscarse en el origen real de las persecuciones hitlerianas contra las Iglesias de Cristo. Es una oposición de naturaleza y de esencia, radical e insuperable; es la confrontación del destino sombrío y de la fe liberadora, de las cosas fatales y de las "cosas esperadas", del culto a los muertos y del culto al Dios vivo.

La era de las religiones se abre a nosotros, cargada de promesas, pero también de amenazas. Era nueva para los cristianos que se figuraban no tener ya que temer más que la incredulidad y la inercia. Quizás acabarán por descubrir que el adversario fanático los reta mejor que el escéptico y los reconduce mejor hacia su verdadera fuerza. Pues no basta ya con mantener un vago sentimiento religioso, vestigio de un pasado conmovedor, para responder a una religión en su juventud virulenta y hambrienta. Es preciso reducirse a las verdades sólidas. A las que nutren la esperanza, y no el miedo o el odio al vecino. Es preciso sobre todo responder *mejor* que el adversario al problema que intentaba resolver, a este problema del vacío social, comunitario, que desde este instante se nos impone también a nosotros. Pues si otros han respondido mal a él —los comunis-

tas y los fascistas— ello no quiere decir que podamos, por nuestra parte, salir del paso criticando simplemente sus errores. Es fácil tener razón de lejos; más difícil el descubrir un camino mejor por donde aventurarse uno mismo.



¿Qué camino es éste? Me han reprochado desde muy diversos sectores el haber hecho con frecuencia alusión a él, sin precisarlo claramente. Trataré, pues, en las páginas que me quedan, de definir mi utopía.

Según parece, las primeras tareas o cometidos son de orden político y social. Por mi parte, no tengo consejo alguno que dar a los ministros, y muy pocos de nosotros se hallan en condiciones de influir sobre las decisiones improvisadas que tienen que tomar los gobiernos. Pero no ocurre lo mismo con las cuestiones sociales. Aquí, el cometido no es dudoso: si cada uno de nosotros desempeñare su parte en la lucha contra el paro, si cada uno de nosotros se esforzase en la clase obrera y campesina; si cada uno de nosotros llegase a una conciencia dolorosa del aislamiento real en que se encuentran los hombres obligados a vivir amontonados en las ciudades,

el *sentido social* renacería entre nosotros. Y, con ello, las seducciones totalitarias perderían mucho de su poder inmediato sobre las masas incapaces de pensar (si no es en términos "materiales"). Adquirir la conciencia de los problemas que nos hacen frente, es ya empezar a resolverlos, y es sobre todo un medio de prevenir esas soluciones de desesperación y de miseria que son, en realidad, las soluciones fascistas.

En el plano internacional, donde la opinión pública en nuestros días desempeña un papel casi decisivo, la dirección que conviene adoptar se me antoja igualmente clara y sencilla. Alemania, más aun que Rusia, ha llevado a la perfección el sistema de la *autarquía.* Al punto que este término resume la política y la religión de Hitler. Ahora bien, la autarquía no es, en resumidas cuentas, sino una transposición al nivel del Estado del individualismo burgués. Sólo un sistema se opone a él radicalmente, y es el sistema de la comunidad, de la interdependencia de las naciones, que se llama el *federalismo.* Sólo el federalismo es capaz de recrear, en el plano político, una común medida de las naciones, un derecho y costumbres viables, un lenguaje verdadero para la diplomacia (que se muere de retórica manida). Y entiendo por federalismo:

desvalorización de todas las fronteras, económicas, políticas y militares; creación de empresas comunes a dos o más naciones; explotación en común de las colonias; vastos acuerdos económicos y comerciales; intercambios de materias primas y de mano de obra; repartición de las actividades humanas, no en el *cuadro* rígido de las barreras arancelarias, sino en zonas amplias y diversas, en torno de *centros* de producción lo mismo material que espiritual. Es evidente que este sistema se adapta a la realidad: las zonas industriales, por ejemplo, no se confunden casi nunca con las zonas lingüísticas, o con las zonas comerciales, y menos aún con las "regiones estratégicas naturales". Es decir, que el sistema de las fronteras políticas fijas, guarnecidas de cordones de policías y aduaneros, no corresponde en parte alguna a las necesidades reales, y por consiguiente falsea y entorpece en todas partes aquellas necesidades. Es decir también que, lejos de ser utópico en el mal sentido de la palabra, el federalismo sería por el contrario, en todos los distintos sectores, el único sistema no solamente deseable, sino *racional* y *razonable*.

No obstante, es evidente que, en cuanto se habla de federalismo, se incurre en el reproche de utopía. (Lo he comprobado a mis expensas

más de cien veces). ¿De qué puede provenir esta resistencia tan viva a la solución racional? Se me ocurre que quizás podría atribuirse al escepticismo resignado de los "realistas", que no conciben que lo racional sea realizable. En último término, es posible que tengan razón en el actual estado de cosas. Pero queda por saber si deberemos aceptar como irremediable dicho estado. Queda por saber si no deberemos intentar precisamente *lo imposible* —que hará posible el resto—, y consagrar de aquí en adelante nuestros esfuerzos a transformar la vida moral de las masas, de tal manera que las soluciones de la razón puedan llegar a ser soluciones prácticas. Y henos llevados otra vez de la mano al problema de las religiones.



Algunas frases de mi *Conclusión 1938* podían prestarse al equívoco, y se han prestado en efecto. Así, por ejemplo, yo pedía que las democracias resolvieran a su modo los problemas religiosos que han resuelto, mejor o peor, los dictadores. Pedía que recuperasen la fe, fuese cual fuere... No ha faltado quien creyera que apelaba a no sé qué "mística democrática", cuando no a ciertos "principios", adornados de vanas mayús-

culas, que todos sabemos. Pero nada más lejos de mi pensamiento; y tengo especial interés en precisarlo así. Todas las "místicas libertarias" —suponiendo que se pueda concebir alguna fuera del ámbito universitario— se hallan condenadas de antemano al fracaso en la lucha emprendida. Por un lado, no se construirían sino como reacción contra el hitlerismo y sobre la base del mismo, lo que quiere decir que sería tan sólo un remedo de éste. Y, como tal, mucho más rebelde que el modelo. Pues la mística nacional-socialista no se basa en ideas ni razones, sino en la persona misma de Hitler, presente y operante en medio de su pueblo. No tiene por eje una idea del hombre, sino un hombre.

Y este hombre no es tal que se tenga derecho a soñar en ver surgir otros igualmente poderosos al servicio de causas mejores. Sobre este punto, habré de limitarme a unas cuantas indicaciones prudentes.

Hitler encarna la voluntad, y el sentido mismo del Partido que dirige. Y este Partido representa, a su vez, al Estado, a la Nación y al *Volk* (realidad racial y espiritual del pueblo alemán). Por algo proclama el Tercer Reich: "Hitler es Alemania, Alemania es Hitler". Y conviene tomar la frase al pie de la letra, y muy en serio.

En las Epístolas de San Pablo y San Pedro, se trata, repetidamente, de la obediencia a "las autoridades y las potencias". Ahora bien, estos términos no se referían solamente, en el ánimo de los Apóstoles, a las autoridades y los poderes humanos, tales como el César y los prefectos romanos, *sino ante todo* a los Angeles que gobernaban los Estados. Angeles o fuerzas demoníacas, según que obedezcan a Dios o se rebelen contra él (aunque su rebeldía misma no pueda, en último término, sino redundar en servicio de Dios). Cuando se piensa en el poder sin precedentes reivindicado y asumido realmente por el Führer, cuando se piensa que pretende *ser en persona* no solamente el jefe del Estado, sino la autoridad espiritual y el "sentido" mismo de la nación alemana, resulta en ocasiones un tanto difícil el considerarlo como "un hombre ordinario"...

Poseído por este sentimiento de horror sagrado —que aun no me ha abandonado del todo—, después de haber visto al Führer magnificado por el culto de su pueblo, es que escribí aquella frase que pudo parecer ambigua a algunos: "Solamente un profeta podrá replicarle".

Pero, mientras esperamos la llegada de este profeta, ¿qué podremos decir?



Se puede replicar a la religión totalitaria oponiéndole otra religión. Pienso en el culto católico, en sus ceremonias grandiosas, en sus "congresos eucarísticos". ¿No es significativo que estos grandes espectáculos de masas en torno de una Presencia sacrosanta se multipliquen precisamente en estos últimos años? Es la respuesta tradicional a la *misma* necesidad la que, en una forma más elemental, —sin dogmática ni trascendencia, ni ritos preciosos y seculares— conmueve a las masas germánicas y las congrega en torno del Jefe liberador. Pero es de temer que precisamente por la misma espiritualidad del rito católico, precisamente por referirse a una verdad que no es nuestra y que debe imponerse a nuestro orgullo, estas ceremonias sean vencidas por el ímpetu de los instintos bestiales que viene a satisfacer el hitlerismo. Tan peligroso me parece el pretender combatir a los nazis en este terreno como el pretender oponer la palabra de la razón a un tribuno que se apodera del sentimiento de las muchedumbres con artificios mucho más burdos... Ceremonias contra ceremonias, las de Hitler conservarán siempre la ventaja de halagar al hombre en el corazón mismo

de su violencia, por mejor decir: de su bestialidad. La Iglesia católica es hoy la única fuerza organizada que se da por *universal,* es decir, por supranacional. Y, en este sentido, representa el refugio de millones de esperanzas. Pero es preciso formular la siguiente pregunta: ¿el sentido del universalismo podrá restaurarse hoy día tomando como punto de partida una iglesia teóricamente universalista, pero que, de hecho, está muy lejos de serlo? ¿O será mejor mostrarse más exigentes, esperar y creer más, poner la esperanza en un *nuevo cristianismo,* universal no ya por la simple existencia de una organización única, sino por su capacidad para volver a dar a los hombres, el sentido íntimo y personal de su pertenencia *primordial* a Cristo?

No me es posible aquí sino apuntar —más allá de todas mis conclusiones, y a manera de puntos suspensivos al final de una frase— la abierta perspectiva en que espero.

Es posible que nuestra misión no sea en modo alguno satisfacer el instinto religioso de las masas, sino, antes al contrario, liberarlas de él mediante la *nueva* del Evangelio y su gracia. Es posible —y hasta, por mi parte, así lo creo— que nuestra misión sea educar al género humano, esto es, conducirlo más allá (*e-ducare:*

conducir fuera de), más allá de las exigencias de su naturaleza, en lo que éstas tienen de más elevado y a la vez de más peligroso. (Todas las religiones, como tales, son "sanguinarias".) El neo-paganismo hitleriano es la respuesta más poderosa y eficaz que hayan podido imaginar nunca los hombres para satisfacer su propia pregunta. Pero también es el más formidable reto lanzado nunca al cristianismo. Nuestra fe tendrá pues, a su vez, que ser *nueva,* o bien será barrida.

Más o menos a un lado y otro, en todas las confesiones cristianas, veo apuntar los elementos de la respuesta que espero. Los elementos de una vida cristiana a la vez más comunitaria y más realmente personal. La verdadera "comunión de los santos" —en todos los planos, desde lo espiritual hasta lo material— no es la consecuencia de una organización sagrada, sino de una presencia realizada en cada individuo, arraigada en la profesión de fe que únicamente a solas puede hacerse (como se nace solo, como se muere solo). Y tengo para mí que, fuera de esta fe, no hay hombre que pueda jactarse de permanecer enteramente irreductible a las tentaciones totalitarias.

Me dirán que es exigir un milagro, exigir lo

imposible para responder a una amenaza terriblemente "posible". Lo sé. Pero sé también que basta con unos pocos que crean para refundar una ciudad viable. La universalidad real —lo contrario de sus autarquías— no puede renacer de una unificación, sino solamente de la comunión de un cierto número de *personas.* La Iglesia universal no existe todavía. Acaso no existirá nunca a nuestros ojos y según nuestros deseos. En el símbolo apostólico, confesado por todos los cristianos, no se dice: veo la Iglesia, sino: *creo* en la Iglesia universal. A cada uno de nosotros corresponde el creer en ella lo bastante para que las obras visibles se produzcan. El resultado no nos pertenece.

Y si dicen aún: ¡eso no es una solución!, contestaré que, en ese caso, es que no la hay.

FIN

INDICE

Pág.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL VEINTE DE SEPTIEMBRE
DE MIL NOVECIENTOS
TREINTA Y NUEVE EN
LA IMPRENTA MERCATALI,
ACOYTE 269, BUENOS AIRES.

traía esa posibilidad de creer. El cristianismo, probablemente por culpa de sus ministros, no satisfacía ya desde hacía largo tiempo la necesidad de creer de la mayoría del pueblo. Queremos creer en la misión del pueblo alemán. Queremos creer en la inmortalidad del pueblo (árbol del que tan sólo somos las hojas, cada generación renovadas), y quizás lo conseguiremos."

Ruina de las creencias comunes, carencia del cristianismo, aspiración irracional a nuevas razones de vivir, voluntad angustiada de creer en la primera que se presente —aunque sea tan inverosímil como la "inmortalidad" de un pueblo—: no se puede expresar de modo más preciso y sumario la naturaleza esencialmente *religiosa* del fenómeno totalitario alemán.

Midamos ahora la ingenuidad de los "realistas" a los que con frecuencia oímos decir: No *todo* de lo que allá se hace está mal. Hay muchas cosas que imitar." No cabe duda que Hitler ha restablecido el orden en la calle. Hace reinar la paz social. En el 33 había seis millones de parados, mientras en el 38 faltan brazos. La dignidad de la nación se ha restablecido. La autonomía ha sido recobrada. ("Y henos aquí

salvados del comunismo"). Así es como muchas gentes excelentes creen encontrar un terreno de conciliación con los dictadores que condenan en principio. Así es como aportan su pequeña contribución, absolutamente benévola, al esfuerzo de la propaganda totalitaria en nuestros países. Lo hacen sin malicia, y en nombre del sentido común. Me recuerdan aquella buena viejecita que llevaba piadosamente su hacecillo de leña a la hoguera en que iban a quemar a Juan Huss, viendo lo cual hubo de decir el mártir: O *sancta simplicitas!*

Sí, realmente, hace falta una santa simplicidad para creer todavía que se puede *separar* tal o cual medida adoptada por el régimen para admirarla aisladamente, o para intentar imitarla. Linda ironía sobre el liberalismo impenitente, esta manera liberal de "hacer justicia" al totalitarismo. ¡Como si la palabra *totalitario* no significare, precisamente, que *todo está junto* y se corresponde en este régimen, que no puede separarse ninguna parte so pena de perder todo sentido! ¿Se figuran que el orden social que tanto admiran en Alemania puede ser obtenido a bajo coste, por métodos más o menos "hábiles", o "racionales", o "políticos"? ¿No se ve acaso con toda claridad que ese orden es simple-